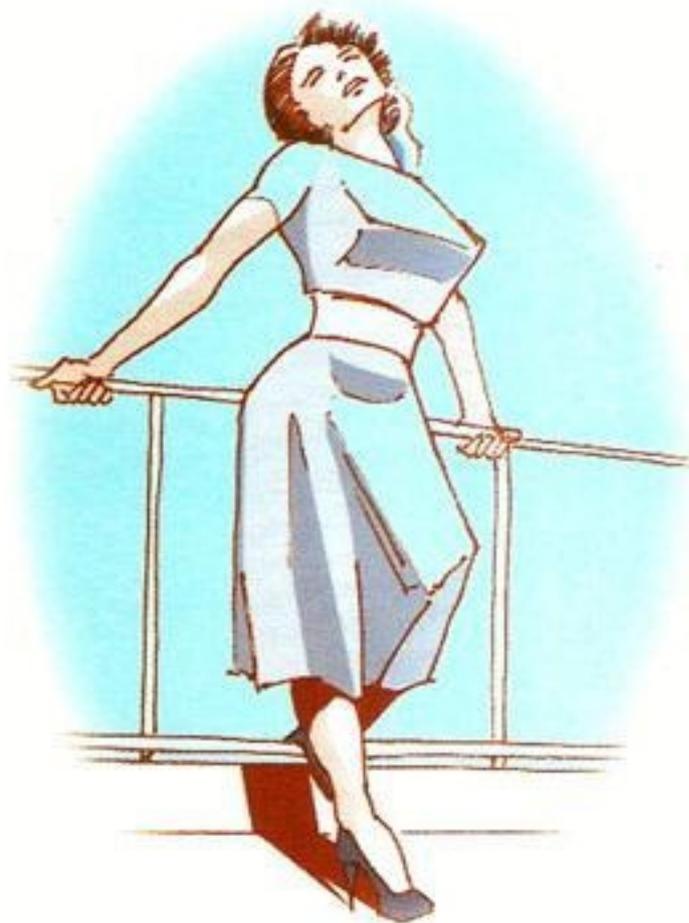


---

# La mujer en la luna

---

Milena Agus



Lectulandia

Milena Agus narra la historia de una mujer cuyo nombre no llegamos a saber, es la abuela ya fallecida de la narradora, una joven mujer que, a punto de casarse, reflexiona sobre esta verdadera leyenda familiar. En 1943 la abuela tenía treinta años, pese a su belleza era ya considerada una solterona: se encargaba de espantar a todos sus pretendientes con una pasión y un despliegue verbal de erotismo que resultaban más que inapropiados en una joven de su tiempo. Tildada de loca, se refugia en un matrimonio convenido con un hombre al cual no ama.

Unos años después, víctima del «mal de piedras» (cálculos renales), la abuela visita unas termas y allí conoce al Reduce, un veterano de guerra que despierta sus más ocultos sentimientos. La vida cambia para la abuela: hay un antes y un después del encuentro con la verdadera pasión. Si bien vuelve a los brazos de su marido, tiene un hijo y continúa viviendo su apagada vida conyugal, guarda ese episodio en su memoria y se refugia en los recuerdos, pasando convertirse en la misteriosa mujer que su nieta ha conocido y que ahora intenta desentrañar.

**Lectulandia**

Milena Agus

# **La mujer en la luna**

ePub r1.0

orhi 06.07.13

Título original: *Mal di pietre*  
Milena Agus, 2006  
Traducción: Mónica Herrero

Editor digital: orhi  
Aporte cedido por: Ninguno  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## **Nota del traductor**

En el original en italiano hay varias voces y frases en dialecto. Para no entorpecer la lectura en español, se han colocado las palabras en español con bastardilla seguidas de notas al pie en las que se consigna el original en dialecto.

«Si no te veo más, haz que al menos sienta tu falta.»  
Lo piensa un soldado en la película *La delgada línea roja*

# 1

Mi abuela conoció al Reduce<sup>[1]</sup> en el otoño de 1950. Llegaba de Cagliari por primera vez al Continente, iba a cumplir cuarenta años y no tenía hijos porque *los cálculos renales*<sup>[2]</sup> siempre la hacían abortar en los primeros meses. En aquel momento la mandaron a las termas para curarse, con su sacón, sus zapatos de taco alto con lazos y la valija de cuando su marido llegó refugiado al pueblo.

## 2

Se había casado tarde, en junio de 1943, luego de los bombardeos de los norteamericanos a Cagliari. En aquella época, tener treinta años y no estar ubicada era un poco ser ya una solterona. No es que fuera fea o que le faltara quien la cortejase; sólo que, en cierto momento, los pretendientes espaciaban las visitas y después no se dejaban ver más, siempre antes de haber pedido oficialmente a mi bisabuelo la mano de mi abuela. Estimada señorita, causas de fuerza mayor me impiden *visitarla*<sup>[3]</sup> el miércoles que viene, lo que me sería agradabilísimo aunque, sin embargo, imposible. Entonces la abuela esperaba al tercer miércoles, pero siempre llegaba una *jovencita*<sup>[4]</sup> con la carta que aplazaba una vez más el encuentro y después nada más.

Mi bisabuelo y sus hermanas la querían de verdad incluso así, solterona, pero mi bisabuela no: la trataba como si no fuera sangre de su sangre y decía que ella sabía por qué.

El domingo, cuando las jóvenes iban a misa o a pasear por la calle del brazo de sus novios, mi abuela recogía en un rodete su cabello, todavía abundante y negro cuando yo era chica y ella ya anciana —imaginémoslo tan sólo en aquel tiempo—, y partía de iglesia en iglesia a preguntarle a Dios por qué, por qué era así de injusto con ella como para negarle conocer el amor, que es la cosa más bella, la única por la que vale la pena vivir una vida en la que te levantas a las cuatro de la mañana para hacer las tareas domésticas y después vas al campo y después a la aburridísima clase de bordado y después buscas agua en la fuente con la jarra en la cabeza y después estás despierta una noche de cada diez para preparar el pan y después sacas agua del pozo y después das de comer a las gallinas. Entonces, si Dios no quería hacerla conocer el amor, que la matara de alguna forma. Cuando ella se confesaba, el padre le decía que esos pensamientos eran un pecado gravísimo y que en el mundo hay tantas otras cosas, pero a la abuela no le importaban nada las otras cosas.

Un día mi bisabuela la esperó con la manguera con que regábamos el patio y comenzó a pegarle hasta que le lastimó incluso la cabeza y le subió la fiebre. Había descubierto, por los rumores que circulaban en el pueblo, que los pretendientes desaparecían porque la abuela les escribía encendidas poesías de amor que aludían también a cosas indecentes, y que su hija estaba ensuciándose no sólo a ella misma sino a toda la familia. Y continuaba golpeándola y gritándole «¡Perra! ¡Perra!» y maldiciendo el día en que la había mandado a primero inferior y le habían enseñado a escribir.

### 3

En mayo de 1943 llegó al pueblo mi abuelo, que tenía más de cuarenta años y era oficinista en las Salinas de Cagliari. Había tenido una hermosa casa en la Via Giuseppe Marino, justo al lado de la iglesia de San Giorgio y de Santa Caterina, una casa con vista a los techos de la Marina hasta el mar. Después del bombardeo del 13 de mayo de 1943, de aquella casa y de aquella iglesia y de tantas otras cosas no había quedado nada más que un agujero lleno de escombros. La familia de la abuela acogió a este señor de bien, que no había sido convocado nuevamente a la guerra debido a su edad, viudo hacía poco tiempo, después refugiado con sólo una valija prestada y alguna cosa rescatada de las ruinas. Llegó a comer y dormir gratis. Antes de fines de junio pidió la mano de mi abuela y la desposó. Ella lloró todos los días del mes anterior al matrimonio. Se arrodillaba a los pies de mi bisabuelo y le rogaba que dijera que no, que inventara que ya estaba prometida a uno que estaba en la guerra. De todos modos, si en su propia casa, .10 la querían más, ella estaba dispuesta a todo: iría a Cagliari, buscaría un trabajo. *Vienen desde Cagliari hasta aquí, hija mía, ¿y tú quieres ir allá?*<sup>[5]</sup> *¡Está loca, completamente local* —aullaba mi bisabuela—. *Quiere ir a la ciudad a hacer de puta, que es lo único que puede hacer, porque no sabe hacer nada como se debe, si tiene la cabeza llena de viento desde que era una niña!*

No habría costado nada inventarle un novio en el frente: los Alpes, Libia, Albania, el Egeo, o embarcado en la Marina Real. No costaba nada, pero mis bisabuelos no quisieron hacerlo. Entones ella fue a decirle que no lo amaba y que nunca podría ser una verdadera esposa para él. Mi abuelo le respondió que no se preocupara. Tampoco él la amaba. Suponiendo que los dos supieran de qué estaban hablando. Por lo de ser una esposa de verdad, entendía perfecto. Continuaría yendo al prostíbulo del barrio de la Marina como lo había hecho siempre desde joven y nunca se había contagiado ninguna enfermedad.

Pero hasta 1945 no regresaron a Cagliari. Los abuelos durmieron como hermano y hermana en el cuarto de huéspedes: la cama con respaldo alto de hierro con incrustaciones de madreperla, de una plaza y media, el cuadro de la Madonna con el Bambino, el reloj bajo la campana de vidrio, el lavatorio con la jarra y la jofaina, el espejo con una ñor pintada y el orinal de porcelana bajo la cama. Todas aquellas cosas se llevó la abuela cuando se vendió la casa del pueblo. En la Via Giuseppe Manno quería la habitación idéntica a aquella de su primer año de matrimonio. Pero en la casa del pueblo los dormitorios recibían luz y aire de la *galería*<sup>[6]</sup>, mientras que en la Via Manno era la luz del sur y del mar la que invadía todo hasta el atardecer, impetuosamente, y hacía que las cosas brillaran. Siempre amé aquella habitación y,

de niña, mi abuela me dejaba entrar sólo si me había portado bien, y nunca más de una vez al día.

Durante su primer año de matrimonio, la abuela tuvo malaria. La fiebre le subió hasta cuarenta y un grados, y el abuelo la asistía y se quedaba horas y horas sentado controlando que el pañuelo sobre la frente no se calentase, pero la frente de la abuela hervía tanto que precisaba mojar el pañuelo en agua helada, y el abuelo iba y venía, y se escuchaba rechinar día y noche la polea del pozo de agua.

Uno de aquellos días, el 8 de septiembre, fueron a contarle que habían escuchado en la radio que Italia había pedido el armisticio y la guerra había terminado. Según mi abuelo, en cambio, no había terminado y era sólo de esperarse que el comandante general Basso dejara ir a los alemanes de la Cerdeña sin heroísmos inútiles. Basso debía pensar igual que mi abuelo porque los treinta mil hombres de la División Panzer del general Lungerhausen partieron tranquilos, sin ninguna masacre, y él fue arrestado por aquello; pero mientras tanto los sardos se habían salvado. No como en el Continente. El abuelo y el general tenían razón, porque luego, como bastó escuchar varias veces por Radio Londres, los soldados y los oficiales de la protesta de Badoglio hechos prisioneros por los alemanes bajo el frente italiano habían sido masacrados. Cuando mi abuela se curó y le dijeron que si no hubiera sido por el marido la fiebre la habría devorado y le contaron del armisticio y el cambio en las alianzas, ella, con una maldad que no se perdonó jamás, alzó los hombros como para decir: «¡Qué me importa!».

En la cama con respaldo alto, por la noche, mi abuela se acurrucaba lo más lejos posible de él, tanto que se caía frecuentemente al piso, y cuando en las noches de luna desde el rellano de la puerta penetraba la luz e iluminaba la espalda de su marido, ella tenía miedo de ese extranjero del que no sabía si era bello o no. En todo caso, no lo miraba; total, él tampoco la miraba. Si el abuelo dormía profundamente, ella hacía pis en el orinal que estaba bajo la cama; de lo contrario, bastaba que él hiciera un movimiento imperceptible para que ella se pusiera el chai y saliera de la habitación y atravesara el patio a cualquier hora y fuera al baño junto al pozo. Por lo demás, el abuelo no intentó acercársele nunca; él estaba también encogido como ella, pero en el extremo opuesto, corpulento como era, y más de una vez se cayó y estaban los dos siempre llenos de moretones. Estando solos en el dormitorio, no hablaban. La abuela rezaba sus oraciones nocturnas; el abuelo no, porque era ateo y comunista. Y después, uno de los dos decía: «Que tenga buenas noches», y el otro: «Buenas noches también a usted».

Por la mañana, mi bisabuela quería que su hija le llevara el café al abuelo. El café

de entonces, de garbanzo y cebada tostados en el hogar con un aparato especial y luego molido. «Llévele el café a su marido», y entonces la abuela iba con la tacita violeta fileteada de dorado sobre la bandeja de vidrio de motivos florales. Se lo colocaba a los pies del lecho y escapaba rápidamente como si le hubiera dejado chocolate a un perro rabioso, y eso tampoco ella se lo perdonó nunca en toda su vida.

El abuelo ayudaba en las labores del campo y resistía bastante bien para ser un hombre de ciudad y haber pasado su vida estudiando y trabajando de oficinista. A menudo hacía también la parte de su mujer, que ahora tenía cólicos renales cada vez más fuertes. Él pensaba que era algo terrible que una mujer tuviera que hacer esos trabajos tan pesados en el campo o regresar de la fuente con la jarra llena de agua sobre la cabeza; pero aquellas cosas, por respeto a la familia sarda que lo hospedaba, las decía, en general, a propósito de la sociedad sarda del interior, porque Cagliari era distinta y la gente no se ofendía por una pequeñez y no veía el mal en todas partes, sin piedad. Probablemente era el aire de mar lo que los hacía más libres, al menos desde cierto punto de vista; no del de la política, porque los cagliaritanos eran burgueses que no tenían nunca ganas de luchar por nada.

En cuanto al resto, aparte de que a la abuela le importaba poco el mundo, escuchaban Radio Londres. En la primavera de 1944 se enteraron de que en Italia septentrional había seis millones de huelguistas, que en Roma habían matado a treinta y dos alemanes y que en represalia habían hecho una redada y fusilado a trescientos veinte italianos, que la Armada VIII estaba lista para una nueva ofensiva, y que en las primeras horas del 6 de junio los Aliados habían desembarcado en Normandía.

## 4

En noviembre Radio Londres anunció que las operaciones militares en el frente italiano se suspenderían, y recomendaba a los partisanos de Italia del norte tomarse un tiempo y reservar sus energías solamente para acciones de sabotaje.

Mi abuelo dijo que la guerra continuaría y que no podía ser un huésped por siempre, y así es como vino a Cagliari.

Fueron a vivir a la Via Sulis, en una habitación amueblada que daba a un pozo de luz y tenía baño y cocina compartidos con otras familias. A pesar de no haber preguntado nunca nada, fue por las vecinas que la abuela supo de la familia del abuelo, destruida aquel 13 de mayo de 1943.

Todos excepto él estaban ya en casa, en aquella maldita tarde, para su cumpleaños. La esposa, una mujer fría y *fea*<sup>[7]</sup> que no confiaba en nadie, justo aquel día, en plena guerra, había preparado una torta y los había reunido. Quizá se le había ocurrido hacerlo en el momento en que compraba los ingredientes en el *mercado negro*<sup>[8]</sup>, gramo por gramo de azúcar, pobrecita, pobrecitos todos. No se sabía cómo sucedió, pero ellos no salieron de la casa cuando sonó la alarma para correr al refugio bajo los Jardines Públicos, y la explicación más absurda, pero en el fondo la única posible, es que la torta estuviera en el medio de la cocción o levando y que no quisiera perder aquella maravillosa torta en una ciudad muerta. Menos mal que no habían tenido hijos, decían las vecinas: una esposa, una madre, hermanas, cuñados y sobrinos se olvidaban; y el abuelo había olvidado rápido y se sabía por qué, bastaba ver qué linda era su segunda mujer. Había sido siempre un hombre alegre, pasional, seductor, uno a quien de joven, en 1924, los fascistas habían hecho beber aceite de ricino para ponerlo en su lugar, y él después se había reído siempre de eso y bromeaba; parecía que sobreviviría a todo. De buen comer y beber, cliente frecuente de los prostíbulos, la esposa también lo sabía, pobrecita, y quizás había sufrido también ella, que se escandalizaba por todo y no se dejaba ver desnuda jamás por el marido, aunque no había gran cosa para ver y uno se preguntaba qué hacían esos dos juntos.

En cambio, la abuela era una mujer de verdad, seguramente una mujer como él había deseado siempre, con aquellos pechos firmes y aquella mata de cabello negro y esos ojazos. Y era cariñosa, y quién sabe qué pasión entre marido y esposa se había instalado como un golpe relámpago tal, para que se casaran en un mes. Lástima esos cólicos tan feos, pobrecita, ellas la querían mucho y que viniera a la cocina cuando se sintiera bien, incluso fuera del horario, no importaba que ya la hubieran limpiado y desalojado.

Mi abuela se hizo amiga de las vecinas de la Via Sulis por toda su vida y la de ellas. No tuvieron nunca un altercado y ni siquiera se hablaban en verdad, pero se hicieron compañía, día tras día, como quiera que fuera. En la época de la Via Sulis, se encontraban en la cocina a lavar los platos: mientras una enjabonaba, la otra enjuagaba y la otra secaba la vajilla y, si la abuela se sentía mal, ellas limpiaban también la suya, sus platos, *pobrecita*<sup>[9]</sup>. Y fue con las vecinas y los maridos que la abuela pasó la última parte de la guerra. En el hielo de la cocina de la Via Sulis, con dos o tres pares de medias remendadas en los pies y las manos bajo las axilas, escuchaban Radio Londres.

Los maridos, todos ellos comunistas, hacían fuerza por los rusos, que el 17 de enero de 1945 ocuparon Varsovia y el 28 estaban a ciento cincuenta kilómetros de Berlín, mientras que los Aliados el 1.º de marzo ocuparon Colonia. Su avanzada y la retirada de los alemanes, decía Churchill, era ya cuestión de poco tiempo. A fines de marzo, Patton y Montgomery atravesaron el Rin arrinconando a los alemanes hacia la derrota.

El día del cumpleaños del abuelo, el 13 de mayo, la guerra había terminado y estaban todos felices, pero para la abuela aquellas avanzada y retirada y victoria y derrota no le representaban nada. En la ciudad no había agua ni cloacas ni luz eléctrica, y ni siquiera comida salvo las sopas norteamericanas; lo que se encontraba costaba, incluso, un 300 por ciento más. Sin embargo, las vecinas cuando se juntaban a lavar los platos se reían de cualquier *pavada*<sup>[10]</sup> y, cuando iban a misa, a Sant'Antonio, a Santa Rosalía o a los Capuchinos, siempre se reían en el camino, tres adelante y tres atrás, con su ropa gastada. Y la abuela hablaba poco, pero ella estaba siempre también, y los días pasaban rápido, y le gustaba cómo las vecinas de Cagliari no eran tan dramáticas como en su pueblo y, si alguna cosa no funcionaba, decían: *¡Qué va!*<sup>[11]</sup>. Y si, por ejemplo, se caía un plato al suelo y se rompía, aunque fueran muy pobres, se encogían de hombros y levantaban los pedacitos. En el fondo, estaban contentas de ser pobres, mejor que tener dinero como muchos otros en Cagliari, que habían hecho fortuna con la desgracia de otros, con el *mercado negro* o yendo a robar entre los escombros antes de que llegaran los pobrecitos en busca de sus cosas. Y después eran frases del tipo *¡no me dices nada!*<sup>[12]</sup> La abuela pensaba que era por el mar o el cielo azul, y por la inmensidad que percibía de los bastiones, en el viento mistral, que todo era tan infinito que no podía ocuparse de su pequeña vida propia.

Pero no expresó estas ideas, digamos poéticas, porque tenía terror de que descubrieran también ellos que estaba loca. Escribía todo en su cuaderno negro con borde rojo y luego lo escondía en la caja de las cosas secretas con los sobres del dinero para la «Comida», la «Medicina» y el «Alquiler».

## 5

Una noche el abuelo, antes de sentarse en el sillón desvencijado junto a la ventana que daba al pozo de luz, fue a buscar en su valija de refugiado su pipa, sacó del bolsillo una bolsita de tabaco recién comprado y se puso a fumar, por primera vez desde aquel mayo de 1943. La abuela acercó su asiento y se quedó observándolo.

«Así que fuma pipa. Nunca vi a nadie fumar pipa.»

Y permanecieron en silencio todo el tiempo. Cuando el abuelo terminó de fumar, ella le dijo: «No debe gastar más el dinero en las mujeres del prostíbulo. Ese dinero debe gastarlo en tabaco para relajarse y fumar. Explíqueme qué hace con esas mujeres y yo haré lo mismo».

## 6

En los tiempos de la Via Sulis, sus cólicos renales eran espantosos y siempre parecía que iba a morirse. Seguramente por eso no lograba tener hijos, ni siquiera cuando ya tenían algo más de dinero y paseaban un poco por la Via Manno para ver el pozo donde esperaban que reconstruyeran su casa, para lo cual ahorraban mucho. Sobre todo les gustaba ir a mirar ese agujero cuando la abuela estaba embarazada, sólo que todas las piedras que ella tenía dentro siempre terminaban transformando la alegría en dolor y sangre por todas partes.

Hasta 1947 hubo hambruna, y la abuela recordaba lo feliz que era cuando visitaba el pueblo y volvía cargada y subía corriendo la escalera, y después entraba en la cocina donde había olor a coliflor, porque del pozo de luz no es que entrase mucho aire, y ponía sobre la mesa de mármol dos panes *civraxiu* y la pasta fresca y el queso y los huevos y la gallina para el caldo, y aquellos ricos perfumes cubrían el olor a coliflor y las vecinas festejaban y le decían que ella era así de linda porque era buena.

En esos días era feliz aunque no tenía amor, feliz por las cosas del mundo aunque el abuelo no la tocaba nunca salvo cuando ella le brindaba los servicios del prostíbulo, y en la cama continuaban durmiendo uno en cada extremo y estaban atentos a no rozarse y se decían: «Que tenga buenas noches». «Buenas noches también a usted.»

Y los momentos más hermosos eran cuando el abuelo encendía la pipa en la cama luego de los servicios sexuales y se veía que tenía buen aspecto, y la abuela lo miraba desde su extremo de la cama y, si le sonreía, él le decía: «¿Te divierte?». Pero no era que agregara nunca alguna otra cosa o la acercara a sí; la dejaba allí lejos, donde estaba. Y la abuela siempre se decía cómo es extraño el amor, que si no quiere llegar no llega ni con la cama, ni siquiera con la gentileza y las buenas acciones, y era extraño que justo aquélla, que era la cosa más importante, no había forma de hacerla venir.

En 1950 los médicos le prescribieron las curas termales. Le dijeron que fuera al Continente, a aquellas tan famosas donde tanta gente se había curado. Así la abuela se puso de nuevo el sacón gris de tres botones —el del casamiento que vi en las pocas fotografías de esos años—, tomó dos blusas que había bordado, metió todo en la valija de refugiado del abuelo y partió con la nave hacia Civitavecchia.

Las termas eran un sitio para nada lindo, sin sol, y desde el ómnibus que la llevaba de la estación al hotel no se veían más que colinas color tierra con alguna mata de hierba alta en torno a los árboles espectrales. Además, toda la gente en el ómnibus le pareció enferma y pálida. Cuando comenzaron a aparecer los castaños y los hoteles, le pidió al chofer que le indicara la parada del suyo y se quedó un tiempo frente a la entrada, indecisa sobre si escaparse o no. Era todo tan extraño y lóbrego, bajo aquel cielo lleno de nubes, que pensó que estaba en el más allá, porque eso sólo podía ser la muerte. El hotel era muy elegante, con arañas de gotas de cristal encendidas aunque fuera temprano. En su habitación, enseguida vio un escritorio bajo la ventana y, probablemente, se debió sólo a ello que no escapó de nuevo a la estación y a tomar la nave para volver a casa, aunque el abuelo se habría enfurecido muchísimo y con razón. Ella no había tenido nunca un escritorio ni había podido sentarse a una mesa porque había escrito siempre a escondidas, con el cuaderno en el regazo, que disimulaba en cuanto escuchaba llegar a alguien. Sobre el escritorio había una carpeta de piel con muchas hojas de carta membretadas, un frasco de tinta, una pluma con plumín y papel secante. Entonces, la primera cosa que hizo mi abuela, antes incluso de quitarse el abrigo, fue sacar de su valija el cuaderno y con gran pompa meterlo dentro de la carpeta de piel sobre el escritorio. Luego cerró bien la puerta con llave por temor a que alguien entrara de improviso y viera lo que había escrito en aquel cuaderno. Finalmente, se sentó sobre la gran cama matrimonial a esperar la hora de la cena. En el salón había muchas mesas cuadradas con mantel blanco de tela de Flandes y platos de porcelana blanca y cubiertos y vasos brillantes y, en el medio, un ramo de flores y, sobre cada una, pendía una bella araña de gotas de cristal con todas las luces encendidas. Algunas mesas estaban ya ocupadas por personas que le parecieron ánimas del purgatorio, por la palidez triste y el rumor quedo y confuso, pero muchos lugares todavía estaban libres. La abuela eligió una mesa vacía y en los otros tres asientos puso el bolso, el sobretodo y la chaqueta de lana y, cuando alguien pasaba, bajaba la cabeza esperando que no se sentase cerca de ella. No tenía ganas de comer ni de curarse, porque le parecía que no se curaría y que nunca tendría hijos. Hijos tenían las mujeres normales, alegres y sin pensamientos feos, como las vecinas de la Via Sulis. Los niños, en cuanto se daban cuenta de que estaban en el vientre de

una loca, se escapaban, como habían hecho todos aquellos novios.

En la sala entró un hombre con valija y, por lo tanto, debía de haber llegado recién y ni siquiera habría visto todavía su habitación. Llevaba una muleta, pero caminaba rápido y ágil. A la abuela aquel hombre le gustó como nunca ninguno de los pretendientes a los que había escrito encendidas poesías y había esperado miércoles tras miércoles. Estuvo segura, entonces, de no estar en el más allá con las otras ánimas del purgatorio, porque estas cosas en el más allá no suceden.

El Reduce llevaba una valija pobre, pero estaba vestido de un modo muy distinto y, aun con una pierna de madera y muleta, era un hombre muy hermoso. Después de la cena, recién llegada a la habitación, la abuela se sentó enseguida al escritorio a describirlo en detalle de modo que, si no lo viera más en el albergue, no habría peligro de olvidarlo. Era alto, moreno y de ojos profundos y piel tersa, el cuello sutil, los brazos fuertes y largos, las manos grandes e ingenuas como las de los niños, la boca carnosa y visible, a pesar de la barba corta y ligeramente rizada, y la nariz dulcemente aguileña.

Los días siguientes lo observaba desde su mesa o en la galería adonde iba a fumar los cigarrillos Nazionali sin filtro o a leer, y ella a bordar aburridísimos manteles con punto cruz. Colocaba la silla un poco por detrás de él, para no ser vista mientras embobada observaba la línea de la frente, la nariz afilada, la garganta indefensa, los cabellos rizados con sus primeras canas, la delgadez atormentadora dentro de la camisa blanca, candorosa, almidonada y arremangada, los brazos fuertes y las manos buenas, la pierna rígida dentro de los pantalones, los zapatos viejos pero perfectamente lustrados. Daban ganas de ponerse a llorar por la dignidad de aquel cuerpo inválido, aunque todavía inexplicablemente fuerte y bello en su conjunto.

Después, incluso en aquel lugar, hubo días de sol y todo parecía diferente: los castaños dorados, el cielo azul y en la galería, adonde el Reduce iba a fumar o a leer y la abuela fingía bordar, había tanta luz.

Él se levantaba e iba a mirar las colinas detrás de los vidrios y estaba pensativo, y después, cada vez que regresaba a su lugar, la miraba y le sonreía con una sonrisa líquida que a mi abuela casi le hacía mal por lo mucho que le gustaba, y la emoción llenaba su día.

Una noche el Reduce pasó delante de la mesa de la abuela y pareció indeciso acerca de dónde sentarse, entonces ella quitó el sobretodo y el bolso para hacerle un lugar a su lado y él se sentó, y se sonrieron mirándose a los ojos. Y aquella noche no comieron ni bebieron nada. El Reduce también sufría del mismo mal y, también, sus riñones estaban llenos de piedras. Había hecho la guerra, toda. De niño leía siempre las novelas de Salgari y fue como voluntario a la Marina: le gustaban el mar y la literatura, sobre todo la poesía, que lo había sostenido en los momentos más difíciles.

Una vez terminada la guerra se recibió y, hacía poco tiempo, se había mudado de Genova a Milán, donde enseñaba italiano y buscaba por todos los medios no aburrir a los alumnos. Vivía en una casa con terraza, dos cuartos pintados de blanco y nada del pasado. Se había casado en 1939 y tenía una hija en primero inferior, que estaba aprendiendo las letras del alfabeto y las del griego, como se estilaba entonces; dibujos parecidos a los del bordado de la abuela en el mantel, pero en el cuaderno cuadriculado esas letras griegas formaban marcos en las páginas. A su hija le gustaba mucho la escuela, el olor de los libros y de las librerías. Amaba la lluvia y le gustaban los paraguas; le habían comprado uno de colores como las sombrillas de la playa. En esa estación llovía siempre en Milán, pero la niña lo esperaba con cualquier clima sentada sobre los escalones de la casa o saltando en el patio interno hacia donde daban los apartamentos menos señoriales. Además, en Milán había niebla, algo que la abuela no conocía y, por la descripción, pensó en el más allá. En cambio, la abuela ningún hijo. Seguramente por culpa de aquellas piedras en los riñones. También a ella le gustaba muchísimo la escuela, pero en cuarto grado la sacaron. El maestro fue a casa de sus padres para pedirles que mandaran a la niña a la secundaria, o al menos a la preparatoria, porque escribía bien. Y sus padres tuvieron mucho miedo de estar obligados, de cualquier modo, a hacerla continuar los estudios, y la habían retenido en la casa y dicho al maestro que él no sabía los problemas de ellos y que no regresara más. Pero ella ya había aprendido a leer y escribir, y hacía toda una vida que escribía a escondidas. Poesía. Probablemente ideas. Cosas que le sucedían, pero un poco inventadas. Nadie debía saberlo porque quizá la tomarían por loca. Se lo estaba confesando a él porque confiaba en él aunque no hacía ni una hora que lo conocía. El Reduce era entusiasta y le hizo prometer solemnemente que no se avergonzaría de leerle los poemas y, si no los tenía con ella, de recitárselos, que le parecían locos los otros y no ella. También él tenía una pasión: el piano. Lo tenía desde niño, era de su madre, y todas las veces en las que regresaba de licencia lo tocaba horas y horas. Lo máximo para él habían sido los *Nocturnos* de Chopin, pero al regresar de la guerra no lo vio más y no había tenido el coraje de preguntarle a su esposa qué destino había tenido. Ahora había vuelto a comprar otro y sus manos habían comenzado a recordar.

Allí en las termas había extrañado mucho el piano hasta antes de hablar con la abuela, porque hablar con ella y verla reír, o incluso entristecerse, y ver cómo su cabello se despeinaba mientras gesticulaba, o admirar la tersa piel de sus muñecas y el contraste con sus manos agrietadas era como tocar el piano.

Desde ese día la abuela y el Reduce no se separaron nunca, salvo de mala gana para ir a hacer pis, y no les importaban nada los chismes, a él porque era del norte y a la abuela, aunque era sarda, imaginémoslo.

Se encontraban por la mañana en el desayunador, porque el que llegaba antes comía lentamente para darle al otro tiempo de llegar. La abuela todos los días tenía miedo de que el Reduce pudiera haberse ido sin avisarle, o bien que se hubiera cansado de su compañía y quizá cambiara de mesa y pasara frente a ella haciendo un frío gesto de saludo, como todos aquellos hombres de los miércoles de hacía tantos años. En cambio él elegía siempre la misma mesa y, si ella llegaba después, era claro que la estaba esperando, dado que bebía una tacita de café sin nada más y la abuela lo encontraba allí, todavía sentado frente a la tacita ya vacía. El Reduce se recomponía de repente y se ponía de pie como para cuadrarse frente a su capitán, agachaba ligeramente la cabeza y decía: «Buen día, princesa», y mi abuela reía, emocionada y feliz. «¿Princesa de qué cosa?»

Después la invitaba a acompañarlo a comprar el diario, que él leía cada día, como mi abuelo, sólo que el abuelo lo leía por su cuenta, en silencio. En cambio el Reduce se sentaba en el banco con ella a su lado y le leía en voz alta los artículos y le preguntaba su parecer y no le importaba que él fuera universitario y la abuela sólo tuviera el cuarto elemental; se veía que a sus ideas les daba mucha importancia.

Por ejemplo, le preguntaba sobre la *Cassa per il Mezzogiorno*<sup>[13]</sup>, ¿qué decían los sardos? Y de la guerra de Corea, ¿qué pensaba la abuela? ¿Y sobre lo que sucedía en China? La abuela se hacía explicar bien la cuestión y luego expresaba su parecer, y ni pensar en renunciar a las noticias cotidianas, a su cabeza que tocaba durante la lectura la del Reduce, tanto que se hubiera necesitado un instante de tan cerca que estaban para darse un beso.

Después él decía: «¿Y hoy qué camino tomamos de regreso al albergue? Proponga usted un camino que le guste».

Entonces tomaban siempre un camino diferente y, cuando el Reduce veía que la abuela estaba distraída y se detenía en el medio del camino, de improviso, para observar la fachada de un hotel o las copas de los árboles o quién sabe qué cosa, como fue su costumbre hasta la vejez, le ponía la mano en el hombro y con una leve presión la guiaba a un lado del camino. «Una princesa. Tiene la actitud de una princesa. No se preocupa por el mundo que la rodea, sino que es el inundo el que debe preocuparse por ella. Su cometido es sólo existir. ¿No es cierto?»

Y la abuela se divertía con esta fantasía: futura princesa de la Via Manno y ahora de la Via Sulis y antes del Campidano.

Sin una cita marcada, llegaban siempre antes al desayuno, así tenían más tiempo para leer el periódico sentados muy juntos en el banco, y para el paseo en el cual siempre el Reduce tenía que ponerle la mano sobre el hombro para hacerla cambiar de dirección.

Un día el Reduce le pidió a la abuela permiso para mirarle los brazos y, cuando ella se arremangó las mangas de la blusa, permaneció muy concentrado recorriendo

con su índice las venas a flor de piel.

—Una belleza —dijo tuteándola—, eres una verdadera belleza. ¿Pero por qué todos estos cortes?

Mi abuela respondió que se los había hecho trabajando en el campo.

—Pero parecen hechos con el filo de un cuchillo.

—Cortamos tantas cosas. Es así el trabajo campestre.

—Pero ¿por qué en los brazos y no en las manos? Parecen haber sido hechos a propósito, son nítidos.

Ella no respondió y él le tomó la mano y se la besó, y besó todos los cortes de su brazo y con un dedo recorrió las líneas de su rostro. «Belleza», repitió, «belleza».

Entonces también ella lo tocó, a aquel hombre que, durante días desde su asiento en la galería, había mirado delicadamente como lo haría con la escultura de un gran artista; los cabellos, la piel suave del cuello, la tela de la camisa, los brazos fuertes y las manos buenas de niño, la pierna y el pie de madera dentro del zapato recién lustrado.

La niña del Reduce no era hija suya. En 1944 él era prisionero de los alemanes que se replegaban hacia el este. Su hija era, en realidad, la hija de un partisano, con quien su mujer había luchado y que había muerto en combate. El Reduce amaba a esa niña y no había querido saber nada más.

Había partido en 1940, embarcado en el acorazado *Trieste*, había naufragado dos o tres veces, lo habían tomado prisionero en 1943, en Marsella, lo habían enviado al campo de concentración de Inzert hasta 1944; la pierna la había perdido en la retirada del invierno entre el '44 y el '45, los Aliados lo habían alcanzado cuando todavía conseguía arrastrarse y un médico norteamericano se la había amputado para salvarle la vida.

Se habían sentado en un banco y la abuela le tomó la cabeza entre sus manos y se la puso sobre su corazón, que latía desaforadamente. Se desabrochó los primeros botones de su blusa. Él le acarició los pechos con sus labios sonrientes. «¿Besamos nuestras sonrisas?», le preguntó la abuela y, entonces, se dieron un beso líquido, infinito, y el Reduce le dijo luego que aquella misma idea de las sonrisas que se besaban la había tenido Dante en el v Canto del Infierno, para Paolo y Francesca, que eran dos que se amaban y no podían.

La casa de la abuela, al igual que el piano del Reduce, iba a resurgir de los escombros: había en proyecto una casa de departamentos en el gran vacío dejado por

la iglesia de los santos Giorgio y Caterina y de la vieja casa del abuelo. Estaba segura de que sería lindísima su casa; llena de luz, con los techos altos en los cuartos y los crepúsculos naranjas y violáceos, y las golondrinas que partirían para África, y en la planta de abajo un salón de fiestas, el jardín de invierno, con la alfombra roja en las escaleras y la fuente con un chorro de agua en la galería. Era linda la Via Manno, la calle más linda de Cagliari. Los domingos el abuelo le llevaba las pastas de Tramer y los otros días, cuando quería complacerla, le compraba en el mercado de Santa Cinara el pulpo, que ella hervía con aceite, sal y perejil. En cambio, la mujer del Reduce por ahora cocinaba chuletas y risotto, el pesto con la pasta, la cima, la pascualina. En Genova, la casa del Reduce estaba cerca del Hospital Gaslim, tenía un jardín con muchas higueras, hortensias, violetas, un gallinero, y él siempre había vivido allí. Ahora la había vendido a unas personas honradas que lo alojaban y le regalaban huevos frescos y, en el verano, tomates y albahaca para llevar a Milán. Una casa húmeda y vieja, pero el jardín era bellísimo y las plantas la cubrían. La única cosa preciosa allí dentro había sido el piano, de parte de su madre, que era muy rica, pero se había enamorado de su padre, un *camallo*, un estibador del puerto, y por eso la habían desheredado y lo único que le habían enviado mucho tiempo después era su piano. De niño su madre, sobre todo en el verano después de la cena, porque en Genova se estila comer temprano y luego salir, a menudo lo llevaba a ver desde afuera la mansión del abuelo, el muro alto a lo largo de un camino hasta el gran portón enrejado al lado de la casa del guardia; la avenida de palmeras y pitas, y el prado con geometrías de flores que subía y subía hasta la gran construcción blanca leche que tenía tres pisos de terrazas y la balaustrada de yeso y los estucos color hielo en torno a las filas de ventanas, muchas de las cuales estaban iluminadas, y en la parte más alta cuatro torres.

Pero su madre le decía que a ella no le importaba nada de eso: ella tenía su amor, el marido, y su otro amor, su *hijito*<sup>[14]</sup>, y lo abrazaba fuerte, y en las noches de verano en Genova había tantas luciérnagas que a su madre él la recordaba así.

Había muerto cuando el Reduce no tenía ni siquiera diez años y su padre no se había vuelto a casar nunca más; visitaba a las mujeres de los prostíbulos de la Via Pre y siempre le habían bastado, hasta que murió bajo los bombardeos cuando todavía trabajaba en el puerto.

Quizá la hija del Reduce no era hija de un partisano. Quizás era hija de un alemán y su mujer no había querido decírselo para que no odiase a la hija de un nazi. Quizás ella debería haberse defendido. Quizás un soldado alemán la había ayudado. Lo cierto era que su esposa, que trabajaba en una fábrica, en marzo de 1943 había hecho huelga por el pan, la paz y la libertad, y nunca le había perdonado a él el uniforme de militar,

aunque todos sabían que la Marina Real era fiel al rey y, en el fondo, casi no toleraba el fascismo, y de los alemanes ni hablemos, porque sus aliados deberían ser los ingleses, y todos aquellos que se embarcaban no tenían nada del delirio de la época: eran gente seria, reservada, con un gran sentido del sacrificio y del honor.

Su hija ya tenía el acento milanés, el muñeco con que jugaba a la mamá, la cocinita y el servicio de porcelana, y los cuadernos con las primeras letras del alfabeto y las letras griegas. Le gustaba el mar que aparecía de improviso después de un túnel cuando la llevaban a Genova en tren, y había llorado mucho cuando un año atrás se habían mudado a Milán; se ponía en el balcón y les decía a los que pasaban: «¡Genova! ¡Devuélveme mi Genova! ¡Quiero mi Genova!».

Si era hija de alemán, lo era de un alemán bueno.

También la idea de la abuela, aunque no entendiese de política, era que no es posible que todos los alemanes invasores de Italia fueran malas personas. Y entonces, ¿qué quedaba para los norteamericanos que habían destruido Cagliari hasta hacerla casi desaparecer? En cambio su marido, que de política sí entendía y leía el periódico todos los días y era un comunista inteligentísimo, que había incluso organizado la huelga de los trabajadores de las salinas, decía siempre que no había razón estratégica para haber mutilado la ciudad de aquel modo. Sin embargo, todos los pilotos de los B17, las fortalezas volantes, no podían ser malvados, ¿no? Tenía que haber también, entre ellos, personas buenas.

Y luego el vacío lo llenarían la casa de la Via Manno y el piano, y el Reduce abrazó a la abuela y le susurró al oído los sonidos del contrabajo, de la trompeta, del violín, de la flauta. Sabía hacer toda la orquesta. Podía parecer loco, pero en las largas marchas en medio de la nieve, o cuando en el campo de concentración debía disputarse el alimento con los perros para entretener a los alemanes, todos aquellos sonidos en su mente y la poesía lo habían sostenido.

Le dijo también, siempre al oído, que algunos estudiosos sostuvieron que Paolo y Francesca habían muerto asesinados apenas los descubrieron, mientras que otros dantistas piensan que habían obtenido placer el uno del otro por poco tiempo antes de morir. Y *ya no continuamos leyendo*<sup>[15]</sup>, debe interpretarse. Dijo también que, si la abuela no tenía tanto miedo del infierno, también ellos dos deberían haberse podido amar del mismo modo. Y la abuela no tenía ningún miedo del infierno, imaginemos. Si Dios era verdaderamente Dios, sabiendo cuánto ella había deseado el amor, cuánto había rezado para saber al menos qué cosa era, cómo podía ahora enviarla al infierno.

Y además a qué infierno, si también de vieja, cuando volvía a pensar en eso, sonreía ante la imagen de ella y el Reduce, y de aquel beso. Y si estaba triste, se alegraba con esa imagen que se le había fijado en la mente.

Yo nací cuando mi abuela tenía más de sesenta años. Recuerdo que de niña me parecía hermosísima y me encantaba mirarla cuando se peinaba y se hacía el rodete a la antigua, con las trenzas de cabello que nunca encanecieron ni se redujeron, y que partían de la raya al medio para luego recogerse en dos *chignons*. Yo me sentía orgullosa cuando venía a buscarme a la escuela con aquella sonrisa joven suya, entre las madres y los padres de los otros, porque los míos, como eran músicos, estaban siempre de gira por el mundo. Mi abuela se dedicaba por completo a mí así como mi padre estaba dedicado por completo a la música y mi madre por completo a mi padre.

A papá ninguna joven lo quería, y mi abuela sufría y se sentía culpable porque quizá le había transmitido a su hijo el mal misterioso que hacía que el amor le huyera. En aquel tiempo estaban los clubes, y los jóvenes iban a bailar y se entregaban al amor con las canciones de los Beatles. En cambio, mi padre nada. A veces ensayaba piezas para el Conservatorio con las muchachas, cantantes, violinistas, flautistas, y todas lo querían para que las acompañara al piano en los exámenes porque era el mejor. Pero terminado el examen, terminaba todo.

Luego, un día, la abuela fue a abrir la puerta y vio llegar a mamá, jadeando porque no había ascensor en la Via Manno, con la flauta en su bandolera. Tenía un aire tímido pero seguro, precisamente el mismo aire que mi madre tiene todavía, y era bella, simple, fresca y jadeaba, y jadeando por las escaleras empinadas sonreía por nada, jocosa, como ríen las niñas, y la abuela lo llamó a papá, que estaba encerrado tocando, y gritó: «Ha llegado. ¡La persona que esperabas ha llegado!».

Mamá tampoco puede olvidar el día en que debían ensayar una pieza para piano y flauta y en el Conservatorio no había aulas libres y mi padre le había dicho que fuera a la Via Manno. Le había parecido todo perfecto: la abuela, el abuelo, la casa. Porque ella vivía en un lugar feo de la periferia, de caseríos grises, con la madre viuda, mi abuela Lia, severa y rígida, obsesionada con el orden y la higiene, que pasaba cera al piso y había que ponerse los patines, siempre vestida de negro, a quien mamá debía llamar por teléfono continuamente para decirle dónde se encontraba, pero que no se lamentaba nunca, al contrario. Y la única cosa alegre en su vida era la música, que la signora Lia, en cambio, no podía soportar, y cerraba todas las puertas para no escuchar a la hija cuando practicaba.

Mamá amaba a mi padre en silencio desde hacía mucho tiempo y le gustaba todo de él, incluso el hecho de que había desafinado y que llevaba siempre el suéter al revés, y no se acordaba nunca de en qué estación estaba y llevaba camisetas de verano hasta cuando se pescaba una bronquitis. Decían que estaba loco y las muchachas, a pesar de ser lindísimo, no querían estar con él por todo esto y, sobre todo, porque

aquella locura no estaba a la moda de entonces y, además, ni siquiera la música clásica, para la que era un genio. En cambio mamá se moría por él.

Los primeros tiempos estaba libre a propósito y ni siquiera buscaba trabajo porque ése era el único modo de estar con papá: pasarle las hojas de las pocas partituras que no se sabía de memoria, sentada a su lado sobre el taburete, de gira por el mundo. De hecho, hubo veces en las que ella no tuvo la posibilidad de seguirlo, por ejemplo, cuando nació. El día de mi nacimiento él estaba en Nueva York para el *Concierto en sol* de Ravel. Los abuelos ni siquiera lo llamaron por teléfono para no emocionarlo y por miedo de que quizá tocara mal por causa mía. Después, en cuanto crecí un poco, mamá compró dos corralitos, dos andadores, dos sillitas altas, dos platitos térmicos y llevó todo a la Via Manno, de modo de poder preparar rápido el ajuar, confiarme a la abuela e irse enseguida a tomar el avión para reunirse con papá.

En cambio en lo de mi abuela materna, la signora Lia, no me dejaban nunca; si no, yo lloraba desesperada, porque con esa otra abuela cualquier cosa que hiciera, un dibujo, por ejemplo, o incluso si le cantaba una cancioncita con las palabras que yo inventaba, se ponía mal y decía que hay cosas más importantes, que hay que pensar en las cosas importantes. Yo me había hecho a la idea de que odiaba la música de mis padres, que odiaba los libros de cuentos que yo me llevaba siempre al día siguiente y, para contentarla, trataba de averiguar qué le gustaba, pero ella parecía no amar nada.

Mamá decía que la signora Lia se había puesto así porque el marido había muerto cuando ella todavía no había nacido y porque se había peleado con su familia, que era riquísima, y se había ido de Gavoi, su pueblo, que le parecía feo.

A mi abuelo no lo recuerdo. Murió cuando yo era muy chica, el 10 de mayo de 1978, día en que fue aprobada la Ley 180, que cerraba los manicomios. Mi padre me ha dicho siempre que era un hombre excepcional y que todos lo querían mucho, y los parientes le deseaban lo mejor del mundo porque había salvado a la abuela de tantas cosas que era mejor olvidar; sólo que yo, con la abuela, debía estar atenta, no debía permitir que se hiciera mala sangre ni que se agitara. Había siempre un velo de misterio sobre ella, quizá de piedad.

Sólo de grande supe que, antes de encontrar al abuelo en aquel famoso mayo de 1943, se había tirado al pozo y las hermanas, al sentir el ruido sordo, se habían precipitado hacia el patio y habían llamado a los vecinos y, milagrosamente, habían podido sacarla tirando entre todos de la sogá; y una vez se había arrancado los cabellos y siempre se hacía cortes en las venas del brazo. Yo conocí a una abuela diferente, que reía por cualquier tontera, y lo mismo mi padre: también él la conoció tranquila, excepto una vez, y quizás aquello eran sólo rumores que circulaban. Pero yo sé que es verdad. Por lo demás, la abuela siempre decía que su vida se dividía en dos partes: antes y después de las curas termales, como si el agua que le hizo despedir

los cálculos hubiera sido milagrosa en todo sentido.

Nueve meses después de las termas nació mi padre, en 1951, y cuando tenía tan sólo siete años ella fue a trabajar como criada en la casa de dos señoritas, donna Doloretta y donna Fanní, en el Viale Luigi Merello, a escondidas del abuelo y de todos, porque tenía en mente mandar a su hijo a tomar lecciones de piano. Las señoritas la compadecían y a ellas esto de la música les parecía una locura: *Dime tú si no está loca una que podría vivir bien y trabaja de criada porque su hijo debe tocar el piano*<sup>[16]</sup> Sin embargo, la querían tanto que le permitieron tener horarios especiales: entraba a trabajar después de haber acompañado a papá a la escuela Sebastiano Satta y salía antes para ir a buscarlo y hacer las compras. Y si las oficinas y la escuela estaban de vacaciones, ella también. El abuelo se habrá preguntado por qué hacía siempre las tareas domésticas por la tarde, cuando tenía toda la mañana libre, pero no le dijo nunca nada, ni jamás la retó si encontraba algo desordenado o el almuerzo no estaba listo. Quizá pensaba que su mujer escuchaba discos por la mañana; ahora estaban mejor económicamente y se le había dado la manía de la música. Chopin, Debussy, Beethoven, escuchaba las óperas y lloraba por *Madama Butterfly* y *La traviata*; o pensaba que, con el tranvía, iba al Poetto a ver el mar o quizás a tomar café a lo de sus amigas donna Doloretta y donna Fanní. En cambio la abuela, luego de acompañar a papá a la Via Angioy, subía rápido la Via Don Bosco hasta el Viale Merello, con todas esas villas con las palmeras y las terrazas con balaustradas de yeso y los jardines con estanques de peces y fuentes con angelitos.

Las señoritas la esperaban con el café y se lo servían en una bandeja de plata antes de iniciar las tareas, porque la abuela era una señora de verdad. Hablaban de los hombres de su vida, del novio de donna Fanní, muerto en Vittorio Veneto combatiendo en la Brigada Sassari, y la señorita estaba siempre triste cuando todos festejaban la victoria el 24 de octubre. Y la abuela también hablaba, por cierto no del Reduce o de la locura o de los prostíbulos, pero sí de los novios que huían y del abuelo, que, en cambio, la había amado inmediatamente y se había casado con ella, y las señoritas se miraban incómodas como para decir que era obvio el hecho de que él la había desposado para desendeudarse con la familia, pero se callaban. Quizá pensaban que era un poco extraña y que no se daba cuenta de nada, ciertamente por *la locura de la música y del piano*<sup>[17]</sup>, que para ellas debía ser locura pura, visto que el piano lo tenían y ni siquiera lo tocaban, y le ponían carpetitas bordadas con adornos encima y floreros, y la abuela casi lo acariciaba antes de limpiarlo y lustrarlo con el aliento y con el trapo especialmente comprado por ella misma. Un día las patrónas le hicieron una propuesta: ellas no tenían dinero, habían estado siempre acostumbradas a la servidumbre pero... podían continuar pagándole; en cambio era posible fijar un precio por el piano y la abuela lo pagaría día a día haciendo las tareas de la casa. Al

marido le diría que era un regalo de ellas, de sus amigas. También habían agregado la lámpara para iluminar el teclado, pero la abuela tuvo que venderla enseguida porque debía pagar el transporte desde el Viale Merello hasta la Via Manno y la afinación. El día en que el piano viajó a la Via Manno tuvo tal ataque de felicidad que hizo el trayecto del Viale Merello a la Via Manno precediendo al furgón, recitando los primeros versos de una poesía que el Reduce había escrito para ella, siempre de prisa, toda de un tirón sin puntos ni comas:

*Si una señal dejaste sutil en la vida que corre, si una señal dejaste sutil en la vida que corre, si una señal dejaste sutil en la vida que corre.* Ubicaron el piano en la habitación grande llena de luz que da al puerto. Y papá era un gran pianista.

Sin duda lo es. A veces también los periódicos hablan y dicen que es el único sardo que de verdad ha conseguido hacer música, y ponen la alfombra roja a sus pies en los teatros de París, Londres, Nueva York. El abuelo tenía un álbum de piel verde botella especialmente para las fotografías y los recortes de periódico de los conciertos de su hijo.

Mi padre siempre me ha contado, sobre todo, del abuelo.

A la madre la quería mucho pero le resultaba extraña, y cuando ella le preguntaba cómo le había ido, él respondía: «Normal, mamá. Todo normal». Entonces la abuela le decía que las cosas no podían ser normales, que más bien debían ser a la fuerza de un modo o de otro; se veía que se hacía mala sangre y que se ponía celosa cuando luego, reunidos los tres a la mesa, en presencia del abuelo, las cosas del mundo adquirían el valor que la abuela había dicho que debían tener. Ahora que su madre ya murió, papá no se perdona aquello, pero nunca se le ocurría nada. Ella fue a sus conciertos sólo una vez —él era un niño—, pero huyó trastornada por la emoción. Sin embargo esa vez el abuelo, que siempre la protegía, aunque no siempre sabía qué decirle y no era muy cariñoso, no la había seguido y se había quedado a disfrutar del concierto de su hijo. Estaba muy contento y no dejaba de felicitarlo.

Papá, en cambio, está contento de que a mí me haya sido fácil. Mejor. Mejor así. Por lo demás, fue la abuela quien me crió. Aparte yo siempre estuve más en la Via Manno que en casa, y cuando él y mamá regresaban nunca quería irme. De niña hacía berrinches y gritaba y me escondía bajo la cama, o me encerraba en una habitación y, para salir, les hacía prometerme que me dejarían quedarme un rato más. Un día hasta me escondí dentro de una maceta grande y se me pegaron las ramas al cabello. Y después, al día siguiente, el mismo berrinche. Me rehusaba a llevar a casa las

muñecas y los juegos. Luego, de grande, los libros. Decía que debía, necesariamente, estar en lo de la abuela para estudiar porque, sobre todo, era incómodo llevar los diccionarios. O si invitaba amigos, prefería hacerlo a lo de la abuela porque había terraza. Y en fin. Quizá yo la había querido mucho y de la manera correcta. Con mis berrinches y los llantos y los estrépitos y los ataques de felicidad. Cuando yo volvía de viaje, ya estaba ella en la calle esperándome y yo corría a su encuentro y nos abrazábamos y llorábamos de la emoción, como si hubiera estado en la guerra y no divirtiéndome.

Después de los conciertos de papá, como la abuela no venía, yo la llamaba desde las distintas ciudades del mundo y le describía todo en detalle y le hacía incluso un poco el sonido de la música y le contaba cómo habían sido los aplausos y qué sensaciones había producido la interpretación. O bien, si el concierto era cerca, volvía enseguida a la Via Manno y la abuela se sentaba y me escuchaba con los ojos cerrados y sonreía y marcaba el tiempo con los pies dentro de las pantuflas.

En cambio a la signora Lia los conciertos de papá le hacían mal y decía que su yerno no tenía un verdadero trabajo, que el éxito podía acabarse de un momento a otro y se encontraría con mi mamá y conmigo pidiendo limosna, si no fuera por los padres, naturalmente, mientras vivieran. Ella sabía lo que era estar sola y no pedir ayuda a nadie. Ella, desgraciadamente, había conocido la verdadera vida. A mi padre no le importaba, o quizá no advertía el desprecio de su suegra, que nunca lo felicitaba y tiraba regularmente a la basura los periódicos que hablaban de él o los usaba para limpiar los vidrios o para meterlos bajo los pies de los alhamíes cuando estaban en obra en la casa.

Papá siempre tuvo su música, y de todas las otras cosas del mundo nada le importaba.

De los novios que huían, del pozo, de los cabellos arrancados, de las cicatrices en los brazos y de los prostíbulos la abuela le contó al Reduce la primera noche que estuvieron juntos, arriesgándose a terminar en el infierno. Y la abuela decía que sólo había hablado en serio con alguien dos veces en su vida: con él y conmigo. Era el hombre más delgado y más bello que hubiera visto jamás, y el amor más intenso y más largo. Porque el Reduce, antes de penetrarla más y más veces, la había hecho desnudarse despacio y se había detenido sobre cada parte de su cuerpo con caricias, sonriéndole y diciéndole que era hermosa, y había querido quitarle él las horquillas del cabello y hundir sus manos, como hacen los niños, en aquella nube de cabellos negros enrulados y rizados como la noche, y desabrocharle la ropa y quedarse mirándola desnuda recostada en la cama, lleno de admiración por sus pechos grandes y firmes, por la piel blanca y suave, las piernas largas, y todo eso mientras la acariciaba y la besaba justo allí donde nunca la habían besado. Para desmayarse del placer. Y, después, también la abuela lo había desvestido y había apoyado delicadamente la pierna de madera al pie de la cama y había acariciado y besado detenidamente su herida. Y en su corazón, por primera vez, había agradecido a Dios por haberla hecho nacer, por haberla salvado del pozo, por hacerle dado esos bellos pechos y hermosos cabellos. Incluso, es más, sobre todo, por los cálculos renales.

Luego él le había dicho que era muy buena en la cama y que nunca había encontrado a alguien así en ningún prostíbulo a ningún precio. Entonces la abuela le había mostrado orgullosa la lista de sus servicios sexuales. La presa: el hombre captura a la mujer, desnuda, en una red de pescar en la que hace un corte sólo para poder penetrarla. Es su pez. La toca por todas partes, pero siente solamente sus formas, no la piel. La esclava: él se hace lavar y acariciar dentro de la bañera por ella, que, sin osar mirarlo, le apoya los pechos desnudos y se los ofrece para que los mordisquee. La geisha: él hace simplemente que ella le cuente historias que lo distraigan de los problemas cotidianos, ella está completamente vestida y no se dice que se haga el amor. El almuerzo: ella se acuesta y el hombre dispone el alimento como sobre una mesa puesta, por ejemplo, una fruta dentro de su vagina o sobre el pecho mermelada, o ragú, o crema pastelera, y él la come toda. La niña: es él quien la baña en la tina con mucha espuma y la lava bien por todas partes, y ella, agradecida, lo tomará con la boca. La musa: él la fotografía en las poses más osadas, con los muslos abiertos, mientras se masturba y estruja los pechos. La perra: ella lleva sólo las ligas y le trae el periódico en la boca, él le acaricia el sexo por atrás y los cabellos y las orejas y le dice: «Buena perra». La sierva: ella le lleva a la cama el café con poca ropa, pero muestra casi por completo los pezones y se los deja ordeñar, luego sube al armario para limpiar y está sin ropa interior. La perezosa: ella se hace atar a la

cama porque debe ser castigada con el cinturón, pero el abuelo no la lastimaba en serio. La abuela siempre se desenvolvía extraordinariamente y, después de cada servicio sexual al marido, éste le decía cuánto habría costado en el prostíbulo y guardaban esa cifra para cuando hubieran reconstruido la casa de la Via Manno, y la abuela quería que siempre se destinara una pequeña parte al tabaco de la pipa. Pero habían continuado durmiendo cada uno en su extremo de la cama y no hablaban de ellos. Quizá por esto la abuela no olvidaría la profunda emoción que sintió en aquellas noches con el brazo del Reduce sobre su cabeza y su mano dormida, pero presente, que parecía acariciarle el cabello. El Reduce dijo que, según él, su marido era un hombre afortunado, en serio, y no un desgraciado, como ella decía, al que le había tocado en suerte una pobre loca. Ella no estaba loca, era una criatura hecha en un momento en que Dios simplemente no tenía ganas de hacer las mujeres en serie de costumbre y le había dado la vena artística; la abuela se reía con mucho gusto y decía que él también estaba loco y por ello no se daba cuenta de la locura de los otros.

Una de las noches siguientes el Reduce le contó a la abuela que su padre no había muerto durante uno de los bombardeos a Genova, sino torturado por la Gestapo. Habían arrojado el cadáver en la calle, desfigurado con una crueldad brutal, fuera de la Casa del Estudiante. Pero él no había confesado dónde se encontraban su nuera y los partisanos que telegrafiaban a los Aliados. Se había querido quedar en la casa, que estaba vigilada, para que pareciera todo normal, y así los otros habían podido escapar a través de los Apeninos. Quería que su hijo lograra hacer una familia con su mujer, le había dicho a la nuera saludándola, y después se había dispuesto a esperar a la Gestapo. Su hija había nacido en las montañas. Pero quizá no era verdad, él intuía que era hija de un alemán. No lograba ni siquiera imaginarse a su mujer enamorada de otro, por ello intuía que el padre de su hija era un monstruo que quizá la había tomado a la fuerza, seguramente cuando ella trató de salir a su suegro. Y él no había conseguido tocar más a esa mujer, por ello no tuvieron más hijos. Se convirtió en un frecuentador también él de los prostíbulos. El Reduce rompió a llorar y se avergonzaba hasta morir, porque de niño le enseñaron a no mostrar nunca el dolor. Entonces también la abuela se puso a llorar diciendo que a ella, en cambio, le habían enseñado a no mostrar la felicidad y quizá tenían razón, porque la única cosa que se le había dado bien, casarse con el abuelo, le resultó indiferente y no había entendido por qué aquellos pretendientes huyeron; pero, por otra parte, qué sabemos nosotros verdaderamente de los otros, qué sabía el Reduce.

Una vez ella, a propósito de no entenderse, había tomado mucho coraje y, con el corazón que parecía que se iba a salir del pecho de cómo latía, le preguntó al abuelo si ahora, conociéndola mejor, no es que la conociera tanto, pero en suma, si habiendo vivido con ella todo ese tiempo y no habiendo necesidad de ir al prostíbulo, si la quería mucho. Y el abuelo hizo una especie de sonrisa para sí, sin mirarla, y luego le

dio una palmadita en la nalga y ni había soñado mínimamente en responderle. Otra vez, durante un servicio sexual sobre el que no podía contarle al Reduce, el abuelo le había dicho que ella tenía el culo más hermoso que hubiera visto en su vida. En resumen, qué podemos, de verdad, saber incluso de aquellos más cercanos.

En 1963 la abuela fue con el marido y papá a encontrarse con la hermana y el cuñado emigrados a Milán.

Habían vendido incluso la casa del pueblo para ayudarlos y los abuelos habían renunciado a su parte. De todos modos, no habrían podido vivir tres familias campesinas sobre un terreno de ni siquiera veinte hectáreas. La reforma agraria había sido vacilante y el plan de reconstrucción confuso, basado en las industrias químicas y siderúrgicas que aquí, en nuestra tierra, no hacían nada, como decía el abuelo, fundadas al igual que en el Continente con fondos públicos. En cambio, el futuro de Cerdeña estaría en las industrias manufactureras que tomarían en cuenta los recursos ya existentes. A las otras dos hermanas, que vivían de la tierra, les resultó cómodo, en el fondo, que al menos una se fuera. La abuela había sufrido mucho y ni siquiera había ido a San Gavino a despedirlos cuando tomaron el tren a Porto Torres su hermana menor, el cuñado y los hijos. Y también por la casa había sufrido. Los nuevos dueños habían puesto una verja de hierro en lugar del portal montado sobre el arco. La galería, sin el muro bajo que la separaba del patio y los pilares de madera, había sido cerrada con una vidriera de aluminio. El piso superior, muy bajo, que asomaba sobre el techo de la galería, donde antes estaba el granero, se había convertido en una buhardilla de las que se veían en las postales de los Alpes. Los corrales de los bueyes y la maderera, transformados en garaje para los autos. Los canteros, reducidos a un delgado perímetro adosado al muro. El pozo, tapado con cemento. El techo de tejas, sobre el granero ahora buhardilla, sustituido por una terraza con parapeto de ladrillos picados. Las baldosas huecas de diferentes colores, que hacían sobre el pavimento dibujos similares a los de los caleidoscopios, cubiertas de cemento alisado. Y los muebles eran muchos para el espacio de una habitación que las hermanas habían ido a ocupar en las casas de las familias de sus maridos y nadie los quería, tan viejos y voluminosos, de un tiempo olvidado. Sólo la abuela se había llevado su habitación matrimonial, para tenerla igual en la Via Giuseppe Manno.

Cuando hicieron el viaje a Milán ya sabía que se habían vuelto ricos, porque la hermana le escribía que *Milán l'è il gran Milán* y que había trabajo para todos y el sábado hacían las compras en el supermercado y llenaban carritos con cosas para comer perfectamente confeccionadas, y aquella idea que habían tenido siempre en la cabeza, de hacer economía, de cortar no más de un número de fetas de pan, de doblarse los abrigos, las chaquetas, los *tailleurs*, de deshacer los suéters para recuperar la lana, de ponerles mil veces suelas a los zapatos, todo se había terminado.

En Milán iban a los grandes negocios y se vestían de nuevo. Lo que a ella no le gustaba era el clima, el smog que ennegrecía los bordes de las mangas y los cuellos de las camisas y de los delantales escolares de los niños. Debía lavar continuamente todo, pero en Milán había mucha agua y no la daban un día sí y otro no, como en Cerdeña, y se la podía dejar correr y correr sin la preocupación de lavarse antes para después con el agua de los desechos lavar la ropa, y luego tirarla ya sucia en el inodoro. En Milán lavarse y lavar eran una diversión. Y la hermana no tenía gran cosa que hacer, después de las tareas domésticas, que terminaban enseguida porque las casas eran chicas, dado que en aquel espacio tenían que caber millones de habitantes, no como en C caleña, que estaban aquellas casas enormes que no servían para nada, porque no había comodidad; aquí, las labores de la casa las terminaba rápido y luego se iba a pasear por la metrópolis a ver los negocios y a comprar, comprar.

Los abuelos no sabían qué llevarles a los parientes ricos de Milán. En el fondo, no necesitaban nada. Entonces la abuela propuso un paquete poético, de la nostalgia, porque es verdad que comían y se vestían bien, pero la salchicha sarda y una bella horma de queso de cabra y el aceite y el vino de la Mar mil la y una pierna de jamón y los cardos en aceite y los suéters para los niños hechos a mano por la abuela, así respirarían un poco de perfume de casa.

Viajaron sin avisarles. Sería una sorpresa. El abuelo se hizo traer un mapa de Milán y estudió bien las calles y los itinerarios para ver las cosas más bellas de la ciudad.

Se vistieron los tres para no desentonar. La abuela se compró las cremas de Elizabeth Arden, porque ya estaba cerca de los cincuenta y quería que el Reduce —el corazón le decía que lo encontraría— la viera todavía bella. Pero no es que estuviera muy preocupada por eso. Todos estaban convencidos de que un hombre de cincuenta años no miraría nunca a una coetánea, pero estos razonamientos eran válidos para las cosas del mundo. No para el amor. El amor no hacía caso ni a la edad ni a ninguna otra cosa que no fuera el amor. Y el Reduce la había amado precisamente con aquel amor. Quizá la reconocería enseguida. Qué cara pondría. No se abrazarían en presencia del abuelo, de papá, de la mujer o de la hija del Reduce. Se estrecharían la mano y se mirarían, mirarían, mirarían. Hasta morir. En cambio, si ella hubiera buscado salir sola y lo hubiera encontrado solo, entonces sí. Y se besarían y abrazarían para recuperar todos aquellos años. Y si él se lo hubiera pedido, ella no regresaría nunca más a su casa. Porque el amor es más importante que todas las otras cosas.

La abuela no había estado en el Continente más que en el pueblito de las termas.

No obstante, por lo que le había escrito la hermana pensaba que en Milán se encontraría fácilmente como en Cagliari, y estaba emocionadísima porque creía que pronto vería por la calle a su Reduce. Pero Milán era enorme, altísima, con edificios macizos, decorados de forma suntuosa, bellísima, gris, neblinosa, tanto tráfico, el cielo en pedacitos entre las ramas desnudas de los árboles, tantas luces de los negocios, luces de los autos, semáforos, los chirridos de los tranvías, la gente con la cabeza metida dentro del sobretodo al resguardo de la lluvia. Apenas salió del tren, en la estación central, estuvo atenta a todos los hombres para ver si estaba el suyo, alto, delgado, el rostro dulce, mal rasurado, con el impermeable que le llovía encima y las muletas, y había tantos hombres que salían y entraban de aquellos trenes que iban a todas partes, París, Viena, Roma, Nápoles, Venecia, y era impresionante cómo el mundo era grande y rico, pero él no estaba.

Al fin encontraron la calle y el edificio de la hermana, que ellos esperaban fuera moderno, una especie de rascacielos; en cambio, era antiguo. A la abuela le pareció bellísimo, aunque la fachada estaba muy descuidada: en los estucos alrededor de las ventanas faltaban las cabezas de los angelitos y los ramos de flores; a las persianas, las varillas, y faltaban también muchos pedazos de balaustres; de los balcones habían sustituido las tablas de madera y muchos vidrios de las ventanas con piezas de cartón. El portón estaba todo escrito y las tarjetas con los apellidos no estaban bajo las vitrinas, sino pegadas cerca del único timbre. Sin embargo, estaban seguros de haber llegado porque las cartas iban y venían desde hacía un año de aquella dirección de Milán. Tocaron el timbre y una señora se asomó de la recepción. Les dijo que los *sardos*<sup>[18]</sup> no estaban a esa hora, pero podían entrar y salir y preguntarles a los otros *meridionales*<sup>[19]</sup>. ¿Y ellos quiénes eran? ¿Buscaban una criada? Los *sardos* eran los más confiables.

Entonces entraron los tres. Estaba oscuro y había olor a encierro, a baño y a coliflor. La escalera debía de haber sido hermosísima, porque tenía un hueco inmenso al medio, pero seguramente los bombardeos de la última guerra la habrían dañado, dado que muchos escalones parecían inestables. El abuelo quiso subir el primero, bien pegado a la pared, y luego hizo subir a papá teniéndole fuerte la mano y diciéndole a la abuela que pusiera los pies exactamente donde él había puesto los suyos. Subieron hasta el techo. Pero departamentos no había. Había una puerta abierta que daba a un corredor larguísimo y oscuro, todo alrededor de la escalera, y allí otras tantas puertas de desvanes. En estas puertas de desvanes estaban pegadas las tarjetas con los apellidos y en el fondo también el de su cuñado. Llamaron pero no vino nadie a abrir, y en cambio asomaron al pasillo otras personas. Cuando les dijeron qué buscaban y quiénes eran les hicieron mucha fiesta y los invitaron a entrar en su desván y esperar ahí. El cuñado estaba fuera con el carrito de trapos, la hermana trabajando de criada, los niños se quedaban en lo de las monjas todo el día. Los

lucieron sentar sobre la cama matrimonial, bajo la única ventana desde la que se veía un pedazo de cielo gris. Papá quería ir al baño, pero el abuelo le hizo señas porque era obvio que no había baño.

Quizá deberían haberse ido enseguida. A aquellos pobres desgraciados sólo podían llevarles una infinita vergüenza. Pero era tarde. Esos vecinos afectuosos y gentiles, también ellos *térro ne*, los habían va llenado de solicitud, y escaparse habría sido agregar desprecio a la ofensa.

Así esperaron, y el único triste de verdad era el abuelo. Papá, de todos modos, estaba entusiasmado porque en Milán encontraría las partituras que en Cagliari necesitaba pedir y esperar por meses, y a la abuela no le importaba nada más que reencontrar al Reduce y se ilusionaba con ese momento desde aquel otoño de 1950. Le preguntó enseguida a su hermana dónde estaban las casas de pasillo, le dijo que tenía curiosidad porque había escuchado hablar de ellas; entonces tenía la indicación de la zona donde había más, y dejó que el abuelo fuera con papá a ver la Scala, el Duomo, la Galería Viótorio Emanuele, el castillo Sforzesco y a comprar las partituras que en Cagliari no se hallaban. Se veía que el abuelo se había quedado mal, pero no le había dicho nada, como siempre, y no la obstaculizó de ningún modo. Es más, a la mañana le hizo ver sobre el mapa las calles donde debía ir para ver aquella zona que la llenaba de curiosidad y le decía qué tranvía debía tomar y le dejaba siempre fichas para el teléfono y los números útiles y dinero en caso de que se perdiera. Bastaba que no se agitara, que llamara desde una cabina a un taxi y regresaría a casa tranquilamente. La abuela no era insensible, ni estúpida o mala, y se daba cuenta perfectamente de lo que hacía y de que al abuelo le hacía mal. Esto ella no lo quería por nada del mundo. Por nada del mundo, pero por su amor, sí. Así, con el corazón en la garganta, se fue a buscar la casa del Reduce. Estaba segura de encontrarlo: un edificio alto, macizo, con los balcones en piedra trabajada, afuera un gran portón y un túnel que formaban una entrada monumental y daban sobre un enorme patío interno, donde se asomaban pisos y pisos de balcones estrechos en fila. El Reduce estaba allí levantado, la puerta sobre una escalera de tres o cuatro escalones donde su hija lo esperaba sentada con cualquier clima, las ventanas con las rejas, dos grandes habitaciones pintadas de blanco donde no había nada del pasado. La abuela, con el corazón agitado como si fuera un delincuente, entró en un bar y pidió una guía telefónica y buscó el apellido del Reduce. Aunque era genovés, de aquel apellido había muchas páginas y la única esperanza era tener suerte y que la zona fuera aquella y la casa fuera ésa. Casas de pasillo había en muchas calles larguísimas, y la abuela miraba también dentro de los negocios, que eran ricos, y esas despensas se parecían a la Vaghi de la Via Bayle de Cagliari, pero eran muchas y estaban llenas de gente y quizás el Reduce volviendo del trabajo hacía las compras y quizá lo vería delante, hermosísimo, con el impermeable puesto, le sonreía y le decía que tampoco

él la había olvidado y en su corazón la esperaba.

En cambio papá, los primos y el abuelo se habían ido al centro tomados de la mano en la niebla siempre más densa. Y el abuelo le había pagado al hijo y a los sobrinos una chocolatada de Motta, sentados a la mesa, y luego los había llevado a las mejores jugueterías donde les había comprado a los sobrinos las construcciones Lego y los aeroplanos que se elevaban de la tierra y un metegol, y luego habían entrado en el Duomo y habían entrado a tomar el cucurucho con crema en la Galleria. Mi padre de aquel viaje a Milán habla como de una rosa hermosísima, si no fuera porque le faltaba su piano. Si la abuela hubiera encontrado al Reduce, se habría fugado con él, así como estaba, llevando consigo sólo lo que tenía puesto, el abrigo nuevo, los cabellos recogidos en el sombrerito de lana y la cartera y los zapatos comprados adrede para estar elegante si lo encontraba.

Paciencia por papá y por el abuelo, si bien los amaba y los habría extrañado muchísimo. Se consolaba con la idea de que ellos dos eran uno solo y siempre se enfrascaban en sus conversaciones apasionadamente un poco más adelante que ella, cuando salían, y en la mesa se entretenían mientras ella lavaba los platos, y de pequeño papá le deseaba las buenas noches antes que nada a su padre, y la historia para dormir y todos los reaseguros que quieren los niños antes de ir a la cama. Paciencia por Cagliari, por las calles estrechas y oscuras del Castello que de repente se abrían a un mar de luces, paciencia por las flores que había plantado y que inundarían de colores la terraza de la Via Manno, paciencia por la ropa tendida al viento. Paciencia por la playa del Poetto, largo desierto de dunas blancas sobre el agua límpida que caminaba y caminaba y no era nunca profunda, y los bancos de peces te nadaban entre las piernas. Paciencia por los veranos en la cabaña a rayas blancas y celestes, por los platos de ñoquis con salsa y la salchicha luego del baño. Paciencia por su pueblo, con el olor de los caminos y de los lechones y de los corderos y del incienso en la iglesia cuando iban a lo de las hermanas para las fiestas. Pero, luego, la niebla se había tornado más densa y los pisos altos de los edificios parecían envueltos en las nubes y había casi que chocarse con las personas para verlas porque eran sólo sombras.

Los días siguientes, por las calles de Milán todavía envuelta de niebla, el abuelo la tomaba del brazo y del otro lado tenía del hombro a papá, que a su vez daba la mano a los primos más chicos, porque así, estrechados uno al lado del otro, no se perderían y, de todos modos, disfrutarían de todas las cosas cercanas; paciencia por aquellas a las que la niebla tornaba invisibles. Al abuelo, en esos últimos días, cuando la abuela había dejado de buscar la casa de pasillo, le dio una extraña alegría y no hacía otra cosa que decir chistes, y todos en la mesa reían y el desván ya no parecía más tan sórdido y angosto, y cuando iban de excursión así estrechados, si la abuela no

hubiera tenido esa nostalgia del Reduce que casi le impedía respirar, se habría divertido también ella de las ocurrencias del abuelo.

Uno de esos días a él se le fijó la idea de que debía comprarle un vestido que fuera lindo en serio y digno de un viaje hasta Milán, y dijo también una cosa que no había dicho nunca antes: «Quiero que te compres una cosa linda. Lindísima».

Y así se paraban a mirar todas las vidrieras más elegantes, y papá y los primos refunfuñaban porque era muy aburrido esperar a que la abuela se probara este y aquel vestido frente al espejo con ese aire desganado.

Ahora bien, las posibilidades de encontrar al Reduce en aquella Milán inmersa en la niebla se tornaban cada vez menores, y a la abuela no le importaba nada el vestido pero lo compraron lo mismo, con dibujos cachemir de colores pastel. El abuelo quiso que en el negocio se deshiciera el rodete para ver qué figura hacían todas aquellas lunas y estrellas azules y rosas del cachemir con su nube de cabellos negros, y se quedó tan contento con la adquisición que todos los días quería que la abuela se pusiera bajo el abrigo el vestido nuevo, y antes de salir la hacía hacer una pasada y decía: «Hermosísimo», pero parecía que quisiera decir: «Hermosísima».

Y tampoco esto la abuela se lo perdonó nunca. No haber sabido aferrarse a aquellas palabras en el aire y ser feliz.

Al momento de la despedida, ella sollozaba con la mejilla apoyada en la valija; no era por la hermana, el cuñado, los sobrinos, sino porque el destino no había querido que se reencontrara con el Reduce, entonces quería decir que había muerto. Recordó que en ese otoño de 1950 había creído estar en el más allá y luego él lucía tan delgado, ese cuello sutil, la pierna partida, la piel y las manos de niño, y esa terrible retirada hacia el este y el campo de concentración y los naufragos y quizás un nazi padre de su hija, y ahora le parecía que estaba muerto. Si no lo hubiera estado la habría buscado, sabía dónde vivía y Cagliari no es Milán. En realidad el Reduce podía no existir más, y por eso ella lloraba ahora. El abuelo la liberó del peso y la hizo sentar sobre la única cama bajo la ventanita del desván. La consolaban. Le pusieron en la mano un vasito para el brindis de despedida y la hermana y el cuñado dijeron que era para encontrarse en tiempos mejores, pero el abuelo no quiso brindar por tiempos mejores sino por aquel viaje, en el que habían estado todos juntos y habían comido bien y también se habían reído algo.

Entonces la abuela con aquel vasito en la mano pensó que quizás el Reduce estaba vivo; por otra parte, había sobrevivido a tantas desgracias, ¿por qué no podría hacerlo en la vida normal? Y pensó que todavía quedaba una hora de tiempo, todo el trayecto hasta la estación de tranvía, y la niebla estaba desapareciendo. Pero llegados a la estación central, ahora ya faltaba poco para la partida del tren a Genova, donde tomarían la nave y luego todavía el tren y recomenzaría aquella vida donde por la mañana riegas las flores en la terraza y luego preparas el desayuno y después el

almuerzo y la cena, y tu marido y tu hijo, si les preguntas cómo les fue, te responden: «Normal. Todo normal. Quédate tranquila», y nunca te cuentan las cosas como lo hacía el Reduce, o que tu marido te diga que eres la única para él, la que siempre había esperado y que, en ese mayo de 1943, su vida había cambiado. Nunca, a pesar de los servicios sexuales en la cama cada vez más perfeccionados y todas las noches en las que duermen juntos. Entonces ahora, si Dios no quería hacerla encontrar al Reduce, que la matara. La estación estaba sucia, llena de papeles en el piso y de escupitajos. Mientras estaba sentada esperando que el marido y el hijo compraran los pasajes, porque nunca papá elegía estar un poco con ella y entonces había preferido hacer la cola con el abuelo, notó un chicle pegado al asiento y sintió un olor a baño y le vino un asco infinito por Milán, que le pareció fea, como todo el mundo.

Siguió al abuelo y a papá, que discutían entre ellos, sobre la escalera mecánica que lleva al tren; pensó que si ella se quedaba atrás ni siquiera se darían cuenta. Ahora no había más niebla. Continuaría buscando al Reduce por todas las calles asquerosas del mundo, con el frío del invierno que estaba llegando; incluso pediría limosna y quizá dormiría en los bancos y, si se moría de pulmonía o de hambre, mejor así.

Entonces dejó ir las valijas y los paquetes, y se precipitó hacia abajo chocándose con toda la gente que subía, diciendo: «¡Permiso! ¡Permiso!», pero ya, al final, la escalera mecánica la hizo tropezar agarrándole un zapato y un pedazo del abrigo, y le rasgó el hermosísimo vestido nuevo y los zapatos y el sombrero de lana que se le había caído y la piel de las manos y de las piernas, y tenía cortes por todas partes. Dos brazos la ayudaron a levantarse. El abuelo se había precipitado tras ella y ahora la sostenía y la acariciaba como lo haría con una niña: «No pasó nada», le decía, «no pasó nada».

De regreso a casa, se puso a lavar todas las cosas sucias del viaje: camisas, vestidos, blusas, medias, ropa interior. Habían comprado todo nuevo para ir a Milán. Ahora estaban bien y la abuela tenía el lavarropas Candy con los dos programas para tejidos resistentes y tejidos delicados. Dividió todas las cosas: las que se lavaban a altas temperaturas y las que se lavaban con agua tibia. Pero quizá pensaba en otra cosa, no se sabe, y destruyó todo. Papá me contó que los abrazaba a él y al abuelo entre lágrimas y sollozos e iba a tomar los cuchillos de la cocina y se los daba para que la mataran y se arañaba la cara y se golpeaba la cabeza contra la pared y se tiraba al piso.

Mi padre escuchó luego cómo el abuelo llamaba por teléfono a las tías y les decía que ella, en Milán, no había aguantado viendo a la hermana más joven y querida reducida así, porque en Cerdeña los pequeños propietarios de terrenos eran modestos pero dignos y vivían respetados por todos. En cambio, la fallida reforma agraria los

había arruinado y habían tenido que emigrar las mujeres a trabajar de criadas, que para un marido es la peor humillación, los hombres a respirar los venenos de las fábricas, sin protección y, sobre todo, sin ningún respeto, y los hijos se avergonzaban en la escuela de sus apellidos sardos con todas esas *u*.

Esto él no lo había sospechado, escribían que estaban bien y ellos habían pensado darles una sorpresa yendo a visitarlos y, por el contrario, los habían hecho tan sólo avergonzarse. Los niños se habían arrojado sobre las salchichas y el jamón como si no hubieran comido desde quién sabe cuándo. Su cuñado, cuando había cortado el queso y abierto la botella de mirto, se había conmovido y le había dicho que él no podía olvidarse de que, al momento de la división de bienes, el abuelo no había querido la parte de la abuela. Infelizmente, eso no había servido de nada, y en esas tierras a ellos les había parecido que no se podía vivir; habían tenido razón los que se habían quedado. La abuela, hecha a su manera, como las hermanas bien sabían, no había soportado esto, y luego también se había enterado de que, hoy, habían asesinado en Dallas al presidente Kennedy y había destruido en ropa el equivalente a un salario. A él no le importaba porque el dinero va y viene, pero no había forma de calmarla y el hijo estaba conmocionado. Que vinieran a Cagliari, por favor, de inmediato, en el primer autobús.

En cambio, para mis tíos abuelos y mis primos las cosas anduvieron cada vez mejor. Del desván se mudaron a Cinisello Balsamo y mi padre, que iba siempre a visitarlos en sus giras de músico, contaba que vivían en un edificio altísimo, lleno de inmigrantes, pero había baño, cocina y ascensor, y de inmigrantes hasta un cierto punto no se podía hablar más, porque ya se consideraban milaneses y nadie los llamaba más *terún*. Ahora estaba la lucha entre los rojos y negros de San Bahila, donde los primos pegaban y les pegaban, mientras papá iba a Giuseppe Verdi con el bolso lleno de partituras y la política no le interesaba. Papá me cuenta que se desencadenaban algunas peleas entre él y los primos. Por la política y por Cerdeña. Porque ellos hacían preguntas cretinas del tipo: «¿Pero este suéter es de tejido sardo?», por un suéter de lana áspera y hermosísimo que le había tejido la abuela. O también: «¿Tienen bidé? ¿A las gallinas las tienen en el balcón?». O bien: «¿Pero con qué medio de transporte se desplazan allá en el sur?».

Entonces papá primero se reía y luego se enojaba y los mandaba a la mierda, a pesar de ser un pianista educado y tranquilo. Y ellos no le perdonaban su desinterés por la política, el hecho de que no odiase lo suficiente a los burgueses, de que no hubiera nunca golpeado a un fascista y de que no le hubieran pegado jamás. Ellos, que, todavía siendo niños, seguían los comicios de Capanna, que habían desfilado en la manifestación en Milán en mayo de 1969, que habían ocupado la Universidad Estatal en 1971. Pero se querían mucho y luego siempre se amigaban. Habían confraternizado aquel famoso noviembre de 1963, en el desván, cuando paseaban por

los techos saliendo por la ventana a escondidas de los padres. El tío de Milán vendía trapos y el tío de Cagliari lo seguía ayudándolo; la tía de Milán con sus patronas trabajando de criada y la tía de Cagliari, toda loca, estudiando la arquitectura de las casas de pasillo, con ese inolvidable sombrerito de lana que sostenía el *chignon* de trenzas a la sarda.

La abuela me contaba que luego la hermana la llamaba desde Milán y le decía que estaba preocupada por papá, un joven fuera del mundo, todo música. Ninguna muchacha, mientras sus hijos, más jóvenes, ya noviaban. El hecho de que papá no estaba a la moda: tenía los cabellos cortos cuando todos los llevaban largos, excepto los fascistas, y él, pobrecito, no era ciertamente fascista, pero no quería que los cabellos le cayeran sobre los ojos mientras tocaba. Le daba pena, sin una muchacha, solo con sus partituras. Entonces la abuela cuando colgaba se ponía a llorar por miedo de haberle transmitido al hijo aquel tipo de locura que hacía escapar el amor. Había sido siempre un niño solitario al que nunca nadie invitaba a ninguna parte, un niño a veces salvaje pero torpemente afectuoso, cuya compañía nadie buscaba. En la secundaria había estado mejor, pero no tanto. Ella trataba de decirle a papá que existían también las otras cosas del mundo, y también el abuelo, que, sin embargo, se reía de ello; pero no podían olvidar la noche del 21 de julio de 1969 cuando, mientras Armstrong descendía sobre la luna, su hijo no había dejado de ensayar *Opus 35: Variaciones sobre un tema de Paganini* de Brahms para el concierto de fin de curso.

Cuando la abuela se acercaba ya a la vejez, me decía que tenía miedo de morir. No por la muerte en sí, que debía ser como ir a dormir o hacer un viaje, sino que sabía que Dios con ella estaba ofendido, porque le había dado tantas cosas lindas en este mundo y ella no había conseguido ser feliz, y esto Dios no podía habérselo perdonado. En el fondo esperaba estar loca de verdad, porque sana, el infierno era seguro. Pero discutiría con Dios, antes de ir al infierno. Le haría notar que, si El crea una persona de un cierto modo, luego no puede pretender que se comporte como si no fuese ella. Había gastado todas sus fuerzas para convencerse de que ésa era la mejor vida posible y no aquella otra, de la cual la nostalgia y el deseo le cortaban la respiración. Pero por ciertas cosas le pediría sinceramente perdón a Dios: el vestido de cachemir que el abuelo le había comprado en Milán y ella había estropeado en la escalera mecánica de la estación, la tacita de café al pie de la cama, en aquel primer año de matrimonio, como si dejara la escudilla a un perro, su incapacidad para disfrutar de tantos días de mar, cuando pensaba que el Reduce llegaría al Poetto, ágil sobre su muleta.

Y aquel día de invierno en que el abuelo había regresado a casa con una bolsa de ropa de montaña, que quizá se había hecho prestar, y le había propuesto una excursión al Supramonte, organizada por su oficina para los dependientes de las Salinas, y ella, aunque nunca había estado en la montaña, había experimentado solamente un irreprimible fastidio y la única cosa que quería era arrancarle de las manos esa ropa ridícula. Pero él continuaba testarudo diciéndole que los verdaderos sardos debían conocer Cerdeña.

Al abuelo le habían prestado un par de zapatillas feas de gimnasia y un suéter pesado, pero muy feo, mientras que las mejores cosas eran para ella y para el niño. La abuela, desgana, había dicho al fin: «Está bien», y se había puesto a preparar los sandwiches mientras el abuelo, que la ayudaba siempre quién sabe por qué, hacía tristes *plin plin* en el piano de las donnas Doloretta y Fanní. Se habían acostado temprano porque debían estar a las cinco de la mañana en la cita y llegar a Orgosolo y salir a Punta sa Pruna, atravesar la Foresta Montes, luego continuar hacia el círculo megalítico Dovilino y atravesar los montes que conectaban los Gennargentu al Supramonte, hasta la Mamoiada. Todo estaba cubierto de nieve, y papá no estaba en condiciones. El abuelo ya castañeteaba los dientes, y los otros le habían aconsejado el calor de los caminos y los raviolos de papa y el lechón al spiedo y el *fil'e ferru* de un restaurante en el pueblo. En cambio él, testarudo, nada. Debían conocer las montañas de Cerdeña; ellos, gente de mar y de llanura.

La Foresta Montes, una de las principales en Cerdeña porque su lecho de siglos no fue nunca cortado, era inmensa en el silencio y en una nieve suave y cándida que

llegaba hasta las rodillas. Así el abuelo de repente se había empapado las zapatillas y los pantalones, pero seguía en silencio, sin detenerse.

Y marchaba al mismo ritmo que los otros. La abuela, por un buen trecho, se había adelantado como si no tuviera marido ni hijo. Luego, sin embargo, cuando bajo el valle había aparecido el lago de Oladi, helado, como llegado del mundo de la fantasía a aquella inmensa soledad, se había detenido a esperarlos.

«¡Miren! ¡Miren qué hermoso!»

Y también cuando habían atravesado el bosque de roblecillos, con los troncos sutiles que se entrelazaban entre sí recubiertos de musgo con forma de copos de nieve, ella había guardado alguna de aquellas hojas fantásticas en el bolsillo. Recogió también un manojo de tomillo, para el caldo cuando regresaran a Cagliari. Y había continuado comparando sus hermosas zapatillas abotinadas con piel con aquellas feas del abuelo, pero no tenía nada en contra de él; en cambio, le molestaba tanto no amarlo. Le molestaba muchísimo y le daba pena, y le preguntaba a Dios por qué, en el amor, que es la cosa principal, organiza las cosas de ese modo absurdo, que haces todas las gentilezas posibles e imaginables y no hay forma de hacerlo venir, y quizá te haces la estúpida, como se estaba comportando ella ahora, que no le había prestado ni siquiera la bufanda, y, en cambio, él la seguía, en la nieve, medio congelado, perdiendo incluso la ocasión, de buen comer como él era, de comer los ravioles de papa de aquellos lugares y el lechón al spiedo. Durante el viaje de regreso le había dado tanta pena que, en la oscuridad del autobús, había apoyado la cabeza sobre el hombro y le había salido un suspiro como para decir: «¡Y buehh!».

Y el abuelo daba miedo de lo frío que estaba; parecía un muerto congelado.

En casa había preparado el baño caliente y la cena y se había espantado por cuánto bebía el abuelo. Igual que siempre, pero parecía como si nunca lo hubiera visto.

Por la noche, sin embargo, había estado lindísimo. Más que todas las otras veces. La abuela, acostado papá y con la bata y las enaguas viejas, lista para ir a la cama, comía una manzana distraídamente. El abuelo, cerrada la puerta de la cocina con llave para estar seguro de que el niño no entrara, había comenzado su juego del prostíbulo, ordenándole que se quitara la bata y la enagua y se echara desnuda sobre la mesa, preparada como si fuera su comida preferida. Había encendido la estufa para que ella no tuviera frío, y había recommenzado a cenar sirviéndose de aquel bien de Dios. La tocaba y acariciaba por todas partes, y antes de degustar cualquier cosa, incluso la salchicha sarda buenísima del pueblo, la metía en la concha de la abuela, porque en el prostíbulo ésa era la palabra que debía utilizarse. Ella se había excitado hasta morir y había comenzado a tocarse y, amarlo o no amarlo, en aquel momento no le importaba nada, solamente quería continuar con el juego.

«Soy tu puta», gemía.

Luego el abuelo le había echado vino por todo el cuerpo y la había lamido y chupado, sobre todo los pechos grandes de manteca, que eran su pasión. Pero había querido castigarla, quizá por cómo se había comportado en la excursión —quién sabe, con el abuelo no se sabía nunca—, y desabrochándose el cinturón de los pantalones la había obligado a caminar por la cocina como una perra, golpeándola, pero atento para no hacerle mucho daño ni dejarle marcas en su bellísimo trasero. Bajo la mesa, la abuela lo había acariciado y tomado en su boca experta como ya sabía hacerlo, pero cada tanto lo dejaba para preguntarle si era una puta hábil y cuánto había ya ganado, y no quería nunca dejar de jugar al prostíbulo.

Habían jugado por largo tiempo y después el abuelo se puso a fumar la pipa, entonces ella se había encogido en el extremo opuesto de la cama y, como siempre, se había dormido.

En cambio con el Reduce la noche era tan emocionante por haber descubierto, seguramente, la famosa cosa principal que se quedaba despierta para mirar cuan hermoso era, disfrutando de cualquier resplandor en la oscuridad, y cuando se sobresaltaba asustado, como si sintiera disparar, o que caían las bombas sobre la nave y la partían en dos, lo rozaba ligeramente con un dedo y el Reduce, en el sueño, le respondía atrayéndola hacia sí y no estaba distante ni siquiera cuando dormía. Entonces la abuela tomaba coraje y se hacía un ovillo en la curva de su cuerpo y se ponía el brazo del Reduce en torno a sus hombros y la mano sobre la cabeza, y la impresión que le hacía esta posición nunca probada era tal que no lograba resignarse a esa cosa, según ella sin sentido, que es dormirse cuando se es feliz. Por lo tanto, había que preguntarse si los enamorados vivían así. Y si era posible. Y si no decidían, también ellos, en cierto momento, comer y dormir.

El cuaderno negro con el borde rojo ahora lo tenía el Reduce, que se lo leía y era un profesor muy exigente, porque por cada error de ortografía o repetición de la misma palabra, o errores varios, la daba una paliza en el trasero y le desarreglaba el cabello y quería que ella más tarde reescribiera todo. «No es *mi va bééne*, no *mi va bééne*» decía con esa *é* cerrada de Genova y de Milán, y la abuela no se ofendía, por el contrario, se divertía muchísimo. Y se volvía loca también por la música, cuando él le hacía las piezas clásicas con todos los instrumentos y, luego de un tiempo, las repetía y ella acertaba el título y el autor, o le cantaba las óperas con las voces masculinas y femeninas, o le recitaba poesías, por ejemplo, de uno que había sido compañero suyo de escuela, Giorgio Caproni, que a la abuela le gustaban muchísimo porque le parecía que estaba en Genova, donde no había estado nunca, aunque era de la opinión que aquellos lugares de las poesías se asemejaban a Cagliari. Tan vertical que cuando llegas al puerto desde el mar, a ella le había sucedido una vez sobre una barcaza regresando de Sant’Eufisio, las casas te parecen construidas una sobre la otra. Cagliari, como la Genova descrita por el Reduce y por su amigo, o por aquel otro pobrecito, ese Diño Campana, que había muerto en el manicomio, *oscura y laberíntica y misteriosa y húmeda*, que se abre de improviso y muestra inesperados pasajes sobre las grandes *luces mediterráneas*, cegadoras. Entonces, aun si vas de prisa, no puedes no asomarte a un muro o a una barandilla de hierro y no disfrutar el cielo, y el mar y el sol *riquísimo*. Y si miras hacia abajo ves los techos, las terrazas con los geranios y la ropa blanca tendida y los agaves sobre las pendientes y la vida de la gente, que en verdad te parece pequeña y fugaz, pero también alegre.

De los servicios sexuales de la abuela, el preferido del Reduce era la geisha, la más difícil. Porque con el abuelo ella se las arreglaba contándole qué habría para la cena;

en cambio el Reduce quería un servicio sofisticado, por ejemplo, la descripción de la playa del Poetto y de Cagliari y de su pueblo y los relatos de su vida cotidiana y de su pasado y de las emociones experimentadas dentro del pozo, y hacía tantas preguntas y quería respuestas detalladas. Así mi abuela salió de su mutismo y le tomó el gusto, y no la terminaba más con las dunas blanquísimas del Poetto y de su cabaña con rayas blancas y celestes. Si ibas en invierno, después del viento, a controlar si estaba todavía en pie, montañas de arena cándida te impedían la entrada, y si la mirabas desde el borde de la playa te parecía de verdad un paisaje con nieve, sobre todo si el frío era intenso y tenías guantes y el gorrito de lana y el capote y todas las ventanas de las otras cabañas estaban cerradas. Sólo que las otras cabañas tenían rayas azules, naranjas, rojas, y el mar, aunque lo tuvieras a tu espalda, ciertamente se sabía que estaba. En cambio en el verano iban allí de vacaciones, también las vecinas y sus hijos, y llevaban todo lo necesario en un carrito. Ella tenía un vestido abotonado adelante, especialmente para el mar, con grandes bolsillos bordados. Los hombres, cuando el domingo o en las vacaciones estaban allí, usaban pijamas o albornoz de toalla y todos se habían comprado anteojos de sol, incluido el abuelo, que había dicho siempre que los anteojos de sol le daban *¡tantas ganas de cagar!*<sup>[20]</sup>

Cómo le gustaban Cagliari y el mar y su pueblo con ese olor mixto de leña, camino, bosta de caballo, jabón, trigo, tomate, pan caliente.

Pero no tanto como él. Él Reduce. Él le gustaba más que todas las otras cosas.

Con él no se avergonzaba de nada, ni siquiera de hacer pis juntos para expulsar las piedras, y como toda la vida le habían dicho que parecía de un pueblo de la luna, le pareció haber encontrado, finalmente, a uno de su mismo pueblo, y era ésa la cosa principal de la vida, que siempre le había faltado.

De hecho, después de las curas termales, la abuela no hizo más los garabatos sobre las decoraciones a mitad de la pared, que todavía están aquí, en la Via Manno, ni quitó los bordados, que quedan sobre los bolsillos de mis delantales de niña y que, si Dios quiere, y espero tanto que quiera, pasarán a mis hijos. Ni al embrión de mi padre le faltó la cosa principal.

El cuadernito se lo había regalado al Reduce porque ya no habría más tiempo para la escritura. Necesitaba comenzar a vivir. Porque el Reduce fue un instante y la vida de la abuela tantas otras cosas.

De regreso a la casa, quedó enseguida embarazada y en todos aquellos meses no tuvo nunca un cólico renal, y la panza crecía y el abuelo y las vecinas no la dejaban tocar nada y la trataban *como a las plantitas de granos apenas nacidas*<sup>[21]</sup>. Mi padre tuvo una cuna de madera celeste que se balanceaba y un ajuar hecho a último momento para conjurar la mala suerte. Y cuando cumplió un año, el abuelo quiso una fiesta grande en la cocina de la Via Sulis, con el mantel bordado a mano sobre la mesa, y compró una máquina fotográfica y saboreó, finalmente, pobrecito, una torta de cumpleaños verdaderamente feliz, a la americana, con las capas de crema casi sólida y el chocolate con el pan de España y la velita. La abuela no está en las fotografías. Se había escabullido a llorar en la habitación, por la emoción, porque habían comenzado a cantar el Feliz Cumpleaños. Y cuando todos habían ido a convencerla de que regresara, continuaba diciendo que no podía creer que de ella hubiera salido un niño y no solamente piedras. Y seguía llorando inconsolablemente; las hermanas, venidas del pueblo para la ocasión, y el abuelo seguramente esperaban cualquier *macchidri* que hiciera descubrir a toda esa gente que la abuela había estado loca. En cambio la abuela se levantó de la cama, se enjugó los ojos y volvió a la cocina y tomó del brazo a su hijo. En las fotografías no está porque con los ojos hinchados se sentía fea, y para el primer cumpleaños de su hijo quería estar hermosa.

Luego la abuela quedó embarazada de nuevo, pero a todos aquellos que habrían sido hermanos de mi padre evidentemente les faltó la famosa cosa principal, y no quisieron nacer y se iban luego de los primeros meses.

En 1954 se mudaron a la Via Manno. Fueron los primeros en irse de la casa común de la Via Sulis y, aunque la Via Manno está a dos pasos, sentían nostalgia. Así que el abuelo los domingos invitaba a los antiguos vecinos y asaba en la parrilla de su terraza los pescados o las salchichas y tostaba el pan con el aceite, y cuando hacía buen tiempo ponían la mesa y las sillas de picnic, que luego las llevaban a la cabaña del Poetto. La abuela amó la Via Manno inmediatamente, es más, desde que empezaron a construirla, de cuando iba a ver el gran agujero lleno de escombros. La terraza se convirtió enseguida en un jardín. Recuerdo la vid americana y la hiedra que se trepaban sobre la pared del fondo, los geranios organizados por color: los violetas, los rosas, los rojos. En la primavera florecía el bosquecito amarillo de las retamas y las fresias; en el verano, las dalias y los jazmines perfumados y las buganvillas; en el invierno, los espinos de fuego daban tantas bayas rojas que las usábamos como adornos de Navidad.

Cuando soplaban el viento mistral nos poníamos los pañuelos y corríamos a salvar las plantas, poniéndolas junto a la pared o cubriéndolas con celofán, y a las más delicadas las entrábamos incluso en la casa hasta que el viento terminaba de soplar y

barrer todo.

A veces he pensado que el Reduce no amó nunca a mi abuela. No le había dado su dirección, y él sabía dónde vivía ella y nunca le había ni siquiera mandado una postal, quizá firmándola con un nombre femenino; la abuela habría reconocido su escritura por las poesías que había conservado. El Reduce no quería volver a verla. También él había pensado que estaba loca y había tenido miedo de encontrársela un día en los escalones de la casa, o en el patio, esperándolo con cualquier clima, bajo la lluvia, en la niebla, o goteando de sudor, si hubiera estado en uno de esos veranos tórridos sin viento de Milán. O quizá no. Quizás era amor en serio y no quería que ella cometiera la locura de dejar por él todas las otras cosas de su mundo. Y entonces, ¿por qué dar noticias tuyas y arruinar todo? Aparecérsele y decirle: «Ciertamente, soy la vida que habrías podido vivir y no viviste». Y hacerla sufrir, pobre mujer. Como si no hubiera sufrido bastante, allá en el granero, cortándose los brazos y arrancándose los cabellos, o en el pozo, o mirando fijamente el portón en esos famosos miércoles. Y para hacer un sacrificio de ese tipo, de quitarse del medio por el bien del otro, debes amar en serio.

Me he preguntado, sin nunca osar decírselo a nadie, naturalmente, si el verdadero padre de mi padre no fue el Reduce. Cuando estaba en el último año del liceo y se estudiaba la Segunda Guerra Mundial y el profesor preguntaba si alguno de nuestros abuelos había participado y cómo, a mí me venía el instinto de decir que sí. Mi abuelo era teniente de Vascello, en el acorazado pesado *Trieste*, III División Naval de la Marina Real, participó en el infierno de Matapán en marzo de 1941, fue náufrago cuando el *Trieste* fue hundido por la tercera escuadrilla de B17 del nonagésimo octavo grupo, en la ensenada del Mezzo Schifo, en Palau, y ésa fue la única vez que el abuelo vino a Cerdeña y a nuestro mar lo vio, sobre todo, con las olas rojas de sangre. Luego del armisticio, los alemanes lo tomaron prisionero a bordo del acorazado ligero *Jean de Vienne*, conquistado por la Marina Real en 1942, y lo deportaron al campo de concentración de Inzert. Allí quedó recluido hasta que los alemanes se replegaron hacia el Este, en el invierno del '44, con la nieve alta y el hielo, y si no marchabas te disparaban o te rompían el cráneo con la culata del fusil y, por suerte, los Aliados lo alcanzaron y un médico norteamericano le amputó la pierna. Pero mi abuelo seguía siendo un hombre hermosísimo, como decía la abuela de mirarlo a escondidas, los primeros días en las termas, mientras leía, con ese cuello de niño inclinado sobre el libro y esos ojos líquidos y esa sonrisa y esos brazos fuertes con las mangas de la camisa arremangadas y esas manos tan grandes e infantiles para ser de un pianista, y todo eso daba para tener nostalgia por el resto de la vida.

Con los años la abuela nuevamente se enfermó de los riñones y cada dos días yo la iba a buscar a la Via Manno y la llevaba a hacerse diálisis. No quería darme trabajo y entonces me esperaba abajo en la calle, la cartera con el camisón y las pantuflas y un chalcito, porque después de la diálisis tenía siempre frío, incluso en verano. Tenía los cabellos espesos y negros, y sus ojos intensos y la boca con todos los dientes todavía, pero los brazos y las piernas estaban llenos de agujeros por la fleboclisis, y la piel se había vuelto amarillenta y estaba tan flaca que apenas se sentaba en la máquina y ponía la cartera en el regazo, yo tenía la impresión de que ese objeto, que pesaría treinta gramos a lo sumo, podía aplastarla.

Un día de diálisis no la encontré en el portón y pensé que se sentiría más débil que de costumbre, entonces subí los tres pisos de la escalera corriendo para no tardar, dado que en el hospital había horarios estrictos para el tratamiento. Llamé y no respondió; tuve miedo de que estuviera desmayada y entonces abrí con mis llaves. Estaba tranquilamente echada sobre la cama, dormida, lista para salir, con la cartera sobre la silla. Traté de despertarla, pero no quería responderme. Me vino una desesperación en el alma, porque mi abuela estaba muerta. Me pegué al teléfono y recuerdo solamente que quería llamar a alguien que la resucitara, y costó mucho convencerme de que ningún doctor podría hacerlo.

Solamente cuando murió supe que querían internarla y que, antes de la guerra, mis bisabuelos habían venido a Cagliari, del pueblo, con el autobús, y el manicomio sobre el Monte Claro les había parecido un lindo lugar para la hija. Esto mi padre no lo supo nunca. En cambio se lo contaron a mamá mis tías abuelas, cuando estaba por casarse con papá. La invitaron al pueblo para hablarle con gran secreto y hacerle saber qué sangre corría por las venas del muchacho que amaba y con el que tendría hijos. Se tomaban ellas esa incomodidad dado que el cuñado, aunque siempre había sabido todo y en ese mes de mayo, llegado como refugiado, se las había visto *de todos los colores*<sup>[22]</sup>, no había tenido la corrección de decirle absolutamente nada a su futura nuera. No querían criticarlo; era un gran hombre y, aunque comunista y ateo y revolucionario, para la familia de ellas había sido como *su manu de deus*, porque se había sacrificado y casado con la abuela que estaba enferma *de los cálculos renales, el mal menor, porque el mal mayor estaba en su cabeza*<sup>[23]</sup> y, cuando la abuela ya no estaba, habían llegado los cortejantes también para ellas, pobrecitas, y habían comenzado una vida normal sin esa hermana a menudo encerrada en el granero, que se arrancaba los cabellos como si fuera sarnosa.

Podían entender que no le hubiera contado nada al hijo, total la sangre que tenía

ya la tenía, pero ella, una muchacha joven, era justo que lo supiera. Así sentada en el banco delante de los dulces sardos y del café en las tazas con el fileteado, mi madre escuchó el relato de sus futuras tías.

El manicomio les había parecido un lindo lugar a los padres para mi abuela, con un gran bosque sobre la colina lleno de pinos, paraísos, cipreses, adelfas, retamas, algarrobos y avenidas donde podría ir de arriba abajo. Y además no se trataba de un único caserío lúgubre que quizá le habría dado miedo sino de una serie de casas de principios del novecientos, bien cuidadas y rodeadas por un jardín. El que habría sido el lugar de la abuela era la sección llamada de los Mansos, una casa con dos pisos con una entrada conformada por una puerta vidriada elegantísima, una sala de estar, dos refectorios, ocho dormitorios. Nadie podría imaginar que allí vivían locos si no fuera por las escaleras encajadas en las paredes. Siendo la abuela mansa, habría podido salir y pasear quizá también en la casa de la Dirección, con la biblioteca y una sala de lectura donde escribiría y leería novelas y poesía a gusto, pero bajo control. Y no tendría nunca contacto con las otras casas de los Semiviolentos y de los Violentos, y no le sucederían nunca cosas terribles como ser encerrada en la sala de aislamiento o ser atada a la cama. En el fondo, en la casa era peor porque, cuando le venían las crisis de desesperación y quería matarse, había que salvarla de cualquier modo. Y si no la encerraban en el granero habrían debido enrejar la ventana o atarla a la cama con correas. En cambio, en las cabañas del manicomio no había rejas. El tipo de ventana era el adoptado por un tal doctor Frank en el manicomio de Musterlinger, provista con cerraduras laminadas y con hierro en los vidrios, pero que no se veía. Los padres habían tomado el módulo informativo para la admisión de locos en el manicomio de Cagliari, aunque después deberían convencer a la abuela de hacer una visita y ellos mismos tenían necesidad de pensarlo, y luego Italia entró en guerra.

Pero no se la podía tener en casa, y aunque nunca había hecho mal a nadie, más que a sí misma y a sus cosas, y no era un peligro, todos en el pueblo señalaban nuestra calle diciendo *allá, donde vive la loca*<sup>[24]</sup>.

A la abuela siempre le había dado vergüenza de aquella vez en la iglesia en que había visto a un muchacho que le gustaba y había comenzado a pasar continuamente por los bancos de los hombres y a sonreírle y a mirarlo fijo, y el muchacho reía irónicamente también. Estaba sin las horquillas del cabello, que caía suelto, una nube negra y reluciente, parecía un arma seductora del diablo, una especie de brujería. Mi bisabuela había escapado de la iglesia sacudiendo a esa que entonces era su única hija, que gritaba: «¡Pero yo lo amo y él me ama también!» y, apenas cruzado el portón de la casa, la había golpeado de tal forma, con todo lo que había encontrado, arneses para los caballos, correajes, ollas, escobillas para alfombras, cordaje para el pozo, que había reducido a la niña a una muñeca que se aflojaba entre sus manos de lo desquiciada que estaba. Después había llamado al cura para que le sacara el

demonio del cuerpo, pero el cura le había dado la bendición y le había dicho que la niña era una buena niña y que del diablo no había ni la sombra. Esta historia mi bisabuela la contaba a todos para justificar a la hija, para hacer entender que era loca pero buena, y que en la casa de ellos no había peligro. Pero, por seguridad, un poco de exorcismo le hizo hasta que se casó con mi abuelo. La enfermedad de la abuela podríamos definirla como una especie de locura amorosa. En ese sentido, bastaba que un hombre agradable cruzara el portal de casa y le sonriera o solamente la mirara, y como era en verdad hermosa, esto podía suceder, que ella lo consideraba un pretendiente. Comenzaba a esperar una visita, una declaración de amor, una propuesta de matrimonio, y escribía siempre en su maldito cuaderno, que ellos habían buscado para llevarlo a un doctor del manicomio, pero había resultado inhallable. Obviamente, nunca nadie llegaba a pedirla por esposa y ella esperaba y miraba fijo el portón y se quedaba sentada sobre el banco en la galería, vestida con sus mejores ropas, sus aritos, bellísima, porque realmente lo era, y sonreía inmóvil como si no entendiera nada, como si hubiera llegado allí de su pueblo de la luna. Luego la madre había descubierto que escribía cartas o poesías de amor a aquellos hombres y, cuando se daba cuenta de que no regresarían nunca, comenzaba la tragedia, y gritaba y se arrojaba a tierra y quería destruirse a sí misma y destruir todas las cosas que había hecho, y debían atarla a la cama con las correas. En realidad, pretendientes no hubo porque nunca uno del pueblo pediría la mano de mi abuela, y había sólo que rogarle a Dios que alguno, con la vergüenza de una loca en la familia, quisiera a las otras hermanas.

Ese mayo de 1943 su cuñado, refugiado, sin casa y todavía con el dolor de la pérdida reciente de su esposa, se las vio de todos los colores y no fue necesario explicarle nada porque, para la abuela, la primavera era la peor estación. En las otras estaciones estaba más tranquila, ponía las semillas de las flores en los canteros, trabajaba en los campos, preparaba el pan y los bordados en punto cruz, lustraba el piso de la galería con el cepillo, alimentaba a las gallinas y a los conejos mimándolos, hacía a mitad de la pared decoraciones tan lindas que la llamaban de las otras casas para prepararse para la primavera. Mi bisabuela estaba tan contenta de que la hicieran trabajar en sus casas por tanto tiempo que ni siquiera quería que le pagaran, y las tías abuelas no lo consideraban justo. Los primeros días de evacuado el abuelo, a la cena, frente a la sopa, contó de la casa de la Via Manno, de las bombas y de la muerte de los suyos, que estaban todos reunidos, el 13 de mayo, para su cumpleaños, y la esposa le había prometido una torta y él estaba por llegar cuando había sonado la alarma, y entonces había pensado encontrarla en el refugio en las grutas de los Jardines Públicos y, en cambio, en el refugio no había ninguno de los suyos. Esa noche la abuela se levantó y destruyó sus bordados de punto cruz rasgándolos, y sus pinturas en la mitad de la pared cubriéndolas con garabatos horribles, y se refregó

sobre la cara y el cuerpo las rosas con las espinas y tenía espinas por todo el cuerpo, incluso en la cabeza. Al día siguiente, su futuro cuñado había tratado de hablarle y, dado que ella estaba encerrada en el establo, donde había estiércol, le hablaba desde el patio, a través de la puerta de madera, y le decía que así es la vida, que hay cosas horribles pero también hermosísimas, como por ejemplo las decoraciones y los bordados que ella había hecho, ¿por qué los había destruido? La abuela, allí dentro, en medio del tufo, le había respondido extrañamente:

—Mis cosas parecen lindas, pero no es verdad. Son feas, en cambio. Debería morirme yo. No su esposa. Su esposa tenía la cosa principal que hace todo lindo. Yo no. Yo soy fea. Sólo en el medio del estiércol y en la basura debo estar. Debería morirme yo.

—¿Y cuál es, señorita, según usted, esta cosa principal? —había preguntado el abuelo. Pero del establo no se escuchó nada más. Y también después, cuando perdía los niños en los primeros meses de embarazo, decía así, que ella no sería una buena madre porque le faltaba la cosa principal y que sus hijos no nacían porque también a ellos les faltaba esa misma cosa y, por lo tanto, se encerraba en ese mundo suyo de la luna.

Al final del relato, las futuras tías acompañaron a mamá al autobús y, luego de haberle puesto en la mano una bolsa con los dulces, la salchicha y el pan *civraxiu* y de haberle acariciado el larguísimo cabello lacio, como se usaba entonces, esperando el autobús, y como para cambiar de tema, le preguntaron qué quería hacer en la vida.

—Tocar la flauta —respondió mamá.

Claro, pero ellas preguntaban como trabajo, como verdadero trabajo.

—Tocar la flauta —repitió mi madre.

Y mis tías abuelas se miraron, y se sabía bien qué estaban pensando.

Mi mamá me contó estas cosas después de que la abuela murió. Las guardó siempre para sí y nunca tuvo miedo de que su suegra, a la que quería mucho, me criara. Por el contrario, piensa que debemos estar agradecidos a la abuela porque ella tomó todo el desorden que quizá nos habría tocado a papá y a mí. Según mamá, de hecho, en una familia el desorden debe tomar a alguno, porque la vida está hecha así, un equilibrio entre dos, de otro modo el mundo se vuelve rígido y se detiene. Si por la noche dormimos sin pesadillas, si el matrimonio de papá y mamá nunca ha tenido problemas, si me caso con el primer novio, si no tenemos ataques de pánico y no tratamos de suicidarnos ni arrojarnos en el bote de basura o lastimarnos, es mérito de la abuela, que ha pagado por todos. En cada familia hay siempre uno que paga el precio para que el equilibrio entre orden y desorden se respete y el mundo no se detenga.

Mi abuela materna, por ejemplo, la signora Lia, no era mala. Había buscado poner orden a todas las cosas en su propia vida, sin conseguirlo y haciendo daños peores. No había quedado viuda y mamá no llevaba el mismo apellido de la signora Lia porque su padre era un primo. Y ni siquiera se había ido de Gavoi porque Gavoi era fea y no tenía mar. Desde niña mamá había sabido todo, pero con la gente la signora Lia se obstinaba con esta cosa del primo del mismo apellido y, entonces, cada vez que debían presentar los documentos tenía terror de que quien los hubiera visto hablara, y frecuentaba a pocas personas y no entraba en confianza y hacía regalos a las maestras o a los médicos, o a cualquiera que supiera la verdad, para que no hablaran.

Y cuando alguien contaba de una joven madre soltera, considerándola una *yegua*<sup>[25]</sup>, también la signora Lia se expresaba con la misma palabra y, de regreso en casa, mamá se iba a llorar a su cuarto.

Pero después mamá tuvo la música de su flauta y a mi padre, y no le importó más nada de nada. No bien salió con papá cambió de familia, porque ésa sí era una familia de verdad y el abuelo, para ella, era el padre que no había tenido nunca. Le recogía en el campo las espinacas y los espárragos silvestres, le cocinaba los mejillones porque ella tenía falta de hierro, y cuando iba a Dolianova, al manantial, a aprovisionarse de agua para la abuela, que estaba de nuevo mal de los riñones, hacía un rodeo por las granjas y buscaba todos los alimentos sanos que no se encontraban en la ciudad y regresaba con huevos frescos, pan hecho en horno de leña, fruta sin pesticidas. A veces mamá iba con el abuelo, y un día se encariñó con un pollito que se había quedado sin madre ni hermanos, y el abuelo y la abuela la dejaron llevárselo a casa. Así el gallito Niki se convirtió también él en uno de la familia y fue el único animal

de mamá, porque imaginemos animales en lo de la signora Lia. Cuando papá no estaba, y papá no estaba nunca, era el abuelo quien la acompañaba dondequiera con el auto y, si ella tardaba y oscurecía, la esperaba vestido, sentado en el sillón, listo para salir si fuera necesario.

Desde luego la abuela Lia no se había ido porque Gavoi fuera un pueblo feo, y no se había peleado nunca con la familia.

Gavoi es un pueblo hermosísimo, en la montaña. Las casas son altas, con dos o tres pisos y a menudo pegadas una a la otra, y algunas están como colgadas entre dos, apoyadas en una viga horizontal, bajo la cual hay patios abiertos casi oscuros, llenos de flores, sobre todo hortensias, que necesitan sombra y humedad. Desde ciertos lugares del pueblo ves el lago de Gusana, que cambia de colores tantas veces al día, pasando del rosa al celeste ceniza, al rojo, al violeta, y si subes al monte Gonari y está sereno, ves el mar del golfo de Orosei.

Se había escapado. A los dieciocho años. Embarazada de un pastor que había trabajado para su familia y que a principios de los años cincuenta había emigrado al Continente, pero había regresado no bien supo de la reforma agraria y del plan de reconstrucción, con la esperanza de que quizá se pudiera vivir bien incluso en Cerdeña. Había vuelto con una esposa continental, extranjera, y un pequeño ahorro para comprar una tierra y criar ovejas sin pagar alquiler.

El año de la fuga de la signora Lia era el de su graduación del bachillerato de Nuoro, y en la escuela era muy buena. En Cagliari había encontrado un puesto como doméstica y llevaba a mamá a lo de las monjas. Cuando la hija había crecido un poco, se puso a estudiar para terminar aquel año interrumpido y obtener el diploma. Estudiaba de noche, después regresaba del trabajo y mamá dormía. Había dejado de ser doméstica y trabajaba como empleada y había podido, finalmente, comprar una casa, fea, pero limpia, ordenada y donde ella era la patrona. Un roble su madre. Una roca de granito. Y nunca se lamentaba de esa vida suya de ceniza luego de esa única chispa, que le había contado tantas veces a la hija porque desde niña quería saber de su padre y, antes que una fábula, ella le contaba la historia de esa mañana en la que había perdido el autobús a Nuoro y a esa hora partía de Gavoi también el padre para ir al campo, y la había encontrado allí, en la parada, con lágrimas porque era una buena niña, incluso un poco obsecuente. Era un hombre de una belleza intensa y particular, bueno y honesto e inteligente, pero, desgraciadamente, ya casado.

«Buen día, donna Lia.»

«¡Buen día!»

Y habían atravesado al alba la soledad silvestre y se precipitaron en un torbellino de locura tal que la felicidad parecía ser posible. Desde entonces, donna Lia había perdido el autobús muy a menudo. Había huido sin decirle que estaba embarazada

porque no quería arruinarle su mundo a aquel pobrecito con esa mujer continental, extranjera, que en Gavoi ni siquiera parecía poder tener hijos.

A los de la casa les había dejado una carta en la que les decía que no se preocuparan, que la perdonaran, pero ella necesitaba otro lugar, lo más lejos posible. No daba más de Gavoi y de la Cerdeña; quizá la Costa Azul, la Riviera Ligure. Sabían que ella iba siempre al monte Gonari esperando ver el mar. Los primeros tiempos llamó casi todos los días y no decía dónde estaba. La hermana mayor, que había hecho de madre porque la verdadera había muerto en el parto, lloraba y le decía que el padre ya se avergonzaba de salir a la calle y que los hermanos amenazaban con ir a buscarla al fin del mundo y matarla. No llamó más. Se cerró para siempre al amor, a los sueños y, después del diploma, como no debía estudiar más, sobre todo a la literatura y a cualquier expresión artística. Cuando mamá quiso tocar la flauta, aceptó sólo a condición de que fuera una diversión, para distraerse un poco de las cosas de verdad importantes.

Luego de la muerte de la signora Lia, todavía joven pero con las glándulas linfáticas endurecidas como piedras y la sangre hecha agua, al punto de no salir más porque le daba vergüenza dejarse ver con ese pañuelo en la cabeza después de la quimioterapia, mamá se obstinó en querer buscar a su padre. La madre nunca había querido decirle cómo se llamaba, pero organizándose un poco lo podía descubrir. Papá le dijo que no era una buena idea, que no necesitaba poner orden en las cosas sino secundar el caos universal y seguir su compás. En cambio ella era testaruda como una mula, y así partieron en busca de mi abuelo materno, temprano una mañana de verano, para evitar el gran calor. Mamá durante el viaje decía *estupideces*<sup>[26]</sup> del tipo que se sentía una bebida en brazos de su padre y reía continuamente, y Gavoi le pareció hermosísimo, mejor que todos los otros lugares donde había estado para los conciertos de papá: París, Londres, Berlín, Nueva York, Roma, Venecia. Nada más bello que Gavoi.

Habían preparado una excusa: debían decir que eran investigadores que hacían un estudio y recogían testimonios sobre la primera oleada migratoria de la Cerdeña, y mamá tenía un cuaderno y un grabador y se había hecho una identificación con un apellido falso para mostrar. Entraron en un bar, en una farmacia, en una tabaquería, donde todos, desconfiados, los evitaban, pero luego, por su aire honesto, se tranquilizaban y ellos les podían preguntar de la familia del señor para el que todos habían trabajado como pastores, y la familia más rica había sido y lo era todavía la de la abuela Lia. En la gran casa vivían ahora la hermana mayor con la hija y el yerno y los nietos, y había lugar para todos. Mamá se había sentado en los escalones de una casa de enfrente y no dejaba de observar. Era uno de los edificios más bellos del

pueblo, una construcción en granito con tres pisos, con un cuerpo central sobre la calle y las dos alas laterales sobre dos calles que subían. El primer piso con doce ventanas cerradas, el portón de madera maciza verde oscuro con las aldabas de latón. El segundo piso con una gran puerta ventana, también cerrada, sobre el balcón central. El tercero, todo vidriado, cuyas cortinas espesas y bordadas impedían ver el interior. Mamá continuaba con la vista fija en la casa y no podía imaginar a su madre, pobre como siempre había sido porque la mitad del salario se le iba en la hipoteca, allí dentro, en ese ambiente rico. En una de las dos alas laterales del edificio, sobre la calle en subida, la entrada de servicio, una puerta cancel y dentro un jardín de rosas, limones, laurel, hiedra, todas las ventanas con geranios rojos. Sobre los escalones, unos juguetes, un camioncito con un remolque volcador, una muñeca en cochecito. Mamá se quedó hipnotizada hasta cuando papá le dijo: «Vamos».

Mi tía abuela había sido avisada por el farmacéutico. Quizás una doméstica seguida de dos niños fue a abrirles y los condujo hasta arriba, donde la señora los esperaba. Las escaleras eran de piedra pulida, oscura; en cambio la sala donde la tía la esperaba era luminosa, esa con la puerta ventana sobre el balcón. «Son los hijos de mi hija», dijo, «me los dejan cuando van a trabajar».

Mamá había perdido el uso de la palabra. Papá recitó su parte y dijo que trabajaba con su colega allí presente del Instituto de Historia de Cagliari, que estaba haciendo una tesis universitaria sobre la primera oleada migratoria, la de los años cincuenta, en Cerdeña. ¿Podía ser tan gentil, dado que su familia seguramente había tenido pastores trabajando, de indicarle alguno de ellos que hubiera ido al Continente en ese período y contarle su historia?

Mi tía abuela era una señora hermosa, morena, sutil, elegante, aunque estuviera en la casa, con las facciones regulares, los cabellos recogidos suaves sobre la nuca, llevaba aros sardos de esos que parecían botones. La doméstica, siempre seguida por los niños, que les mostraban los baldecitos, los bracitos salvavidas de plástico, los barquitos y les contaron que la semana próxima partirían para el mar, les llevó sobre una bandeja el café y dulces sardos.

—*Pequeños traviesos*<sup>[27]</sup> —les dijo sonriendo con ternura la abuela—, dejen en paz a los huéspedes, que están aquí para estudiar. Uno solo de los nuestros fue a trabajar a Milán en 1951, una muchacho hábil, que estaba con nosotros desde niño. Los otros partieron después, en los años sesenta. Había regresado y comprado una tierra para criar ovejas.

—¿Y ahora dónde está? —interrumpió por primera vez mamá.

—*Pobrecito*<sup>[28]</sup> —respondió mi tía abuela—, se arrojó en un pozo. Tenía una mujer continental, sin hijos, que ni siquiera lo lloró y después de la desgracia volvió para el norte.

—¿Pero cuándo? —le preguntó papá con un hilo de voz.

—En 1954. Lo recuerdo bien porque era el año en que murió mi hermana Lia, la pequeña de la casa.

Y señaló sobre el aparador la fotografía de una jovencita con aire romántico, al lado de unas flores frescas.

—Nuestra poetisa —agregó.

Y de memoria recitó los versos: «Mi espera se despierta, angustiada, con los golpes azules de primavera, después que estuvo avergonzada, en la pálida luz del invierno. Mi espera no te entiende, y no puede hacerse entender, entre el amarillo ansioso de las descaradas mimosas».

—Una poesía de amor conservada en el cajón; quién sabe qué pensaba, pobre niña.

Mamá no dijo una palabra hasta Cagliari y al final papá le preguntó: «¿Crees que se suicidó por tu madre? ¿No es increíble que de niña escribiera poesía?».

Mamá encogió los hombros como para decir: «¡Qué me importa!» o «¿Cómo hago para saberlo?».

Hoy he venido aquí a la Via Manno a hacer la limpieza, porque apenas terminemos las obras me caso. Estoy contenta de que los obreros estén rehaciendo la fachada, ya se estaba cayendo a pedazos. Los trabajos se confiaron a un arquitecto que es también un poco poeta y respeta lo que el edificio ha sido. Es la tercera vez que nace: la primera, en el siglo XIX, era más cerrado, con sólo dos balcones por piso, hechos con balaustrada y hierro forjado; las ventanas, de esas altísimas con dos hojas y con los tres vidrios en la parte superior, y los postigos; el portón montado en el arco trabajado con estucos; el techo era en parte una terraza también entonces, y de la Via Manno se veía solamente la cornisa imponente. Nuestro departamento hace diez años que está vacío. No lo habíamos vendido ni alquilado por amor y porque a nosotros de todas las otras cosas no nos importa nada. Pero no es que haya estado exactamente vacío.

Mi padre, cuando regresa a Cagliari, viene aquí a tocar su viejo piano, el de las señoritas Doloretta y Fanní.

Lo hacía también antes de que la abuela muriera, porque mamá debe ejercitarse con la flauta y en la casa de ellos es necesario ponerse siempre de acuerdo sobre los horarios. Papá tomaba sus partituras y venía aquí, y la abuela se ponía a cocinar todas las cosas que le gustaban, pero luego, a la hora de comer, llamábamos a la puerta y escuchábamos responder: «Gracias, después, después. Ustedes empiecen». Pero yo no recuerdo que después viniera a la mesa. Salía del cuarto sólo para ir al baño, y si estaba ocupado, por ejemplo por mí que soy lenta en todo, imaginemos en el baño, se enojaba, él, que era tranquilo, y decía que había venido a la Via Manno a tocar y, en cambio, no había una cosa que funcionara como debía funcionar. Cuando el hambre, sin horario, se hacía sentir con violencia, entonces iba a la cocina, donde la abuela acostumbraba dejarle el plato cubierto y siempre una olla con agua sobre el fuego para recalentar la comida a baño María. Comía solo, tamborileando sobre la mesa con los dedos como si solfeara y, si quizá nosotras nos aparecíamos en la cocina a preguntarle alguna cosa, él respondía con monosílabos para hacernos pasar el deseo de hablar y que lo dejáramos en paz. Lo bueno era que siempre estábamos en pleno concierto, y no es para cualquiera eso de comer, dormir, ir al baño, hacer los deberes, mirar la televisión sin volumen con un gran pianista que toca Debussy, Ravel, Mozart, Beethoven, Bach y los otros. Y aunque con la abuela estábamos más cómodas cuando papá no venía, era lindísimo cuando estaba y yo de niña, cada vez, en honor a su presencia, escribía alguna cosa, un tema, una poesía, una fábula.

Ésta casa no permaneció vacía porque veníamos aquí con mi novio, y pienso siempre que todavía estaba la energía de la abuela y que, si hacemos el amor en una cama de

la Via Manno, en este lugar mágico con sólo el rumor del puerto y los cantos de las gaviotas, entonces nos amaremos para siempre. Porque en el fondo, quizás, en el amor, al fin, hay que confiarse a la magia, porque no es que puedas tener una regla, algo para seguir que haga andar bien las cosas, por ejemplo, los Mandamientos.

Y en vez de hacer la limpieza, leer las noticias sobre Irak, con esos norteamericanos que no se entiende si liberan u ocupan, escribí en el cuaderno que llevo siempre conmigo acerca de la abuela, el Reduce, su padre, su esposa, su hija, el abuelo, mis padres, las vecinas de la Via Sulis, de mis tías abuelas paternas y maternas, de la abuela Lia, de las señoritas Doloretta y Fanní, de la música, de Cagliari, Genova, Milán, Gavoi.

Ahora que me caso, en la terraza hay de nuevo un jardín, como en los tiempos de la abuela. La hiedra y la vid americana se trepan por la pared del fondo, y está el conjunto de los geranios rojos, de los violetas, de los blancos, el rosal y las retamas fijadas de flores amarillas y las madreselvas y las fresias, las dalias y los jazmines perfumados. Los obreros la impermeabilizaron y la humedad en los techos ya no hace caer el revoque de yeso sobre la cabeza. También pintaron de blanco las paredes, dejando intactas las decoraciones de la abuela a mitad de pared, naturalmente.

Y así encontré el famoso cuaderno negro con el borde rojo y una carta amarillenta del Reduce. No lo encontré. Me lo dio un obrero. Una parte de las decoraciones de la sala de estar se cayó, la pared se levantó. Dejémoslo, me dije, hagamos un revoque nuevo y pongamos un mueble adelante. La abuela excavó en ese lugar y escondió su cuaderno y la carta del Reduce, y luego lo pintó de nuevo encima, pero su trabajo no fue perfecto y las decoraciones se arruinaron.

«Estimada señora», dice la carta del Reduce, me halaga y quizá me incomoda ligeramente todo lo que ha imaginado y escrito sobre mí. Me pide que evalúe su relato desde el punto de vista literario y se excusa por las escenas de amor que ha inventado, pero sobre todo por lo que de verdad ha escrito de mi vida. Dice que le parece que me ha robado alguna cosa. No, mi querida amiga, escribir de alguien, como usted lo ha hecho, es un regalo. Por mí no debe preocuparse de nada, el amor que ha inventado entre nosotros me ha conmovido, y leyendo, perdone la desfachatez, acaso he añorado que ese amor no haya sido verdad. Pero conversamos tanto, nos hicimos compañía, algunas carcajadas también, tristes como estábamos en las termas, ¿no es cierto? Usted con los niños que no querían nacer, y yo y mi guerra, la muleta, las sospechas. Tantas piedras dentro. Me dice que quedó nuevamente embarazada apenas regresó de las curas termales, que tiene nuevamente esperanzas. Así lo espero de todo corazón y me complace creer que haberla ayudado a arrojar fuera las piedras y nuestra amistad hayan contribuido, en algún modo, a hacerla reencontrar la salud y la posibilidad de tener hijos. También usted me ha sido de ayuda, las relaciones con mi esposa y la niña han mejorado, estoy logrando olvidar. Pero hay más. E imagino que reirá leyendo esto que estoy por decirle: no soy más tan desaliñado como algunos meses atrás en las termas. Basta de las sandalias y las medias de lana, basta de la camiseta y los pantalones arrugados. Usted me ha inventado con esa camisa blanca almidonada y esos zapatos lustrados, y me ha gustado. Hubo un tiempo en que era en serio así. En la Marina, ojo si no estabas siempre perfecto.

«Pero volvamos a su relato. No deje de imaginar. No está loca. Nunca más crea a quien le diga esta cosa injusta y malvada. Escriba».



MILENA AGUS. Nacida en Génova y afincada en Cagliari (Cerdeña), debutó de forma fulgurante en 2005 con la novela *Mientras duerme el tiburón*, obteniendo de forma inmediata el reconocimiento unánime de crítica y público. Se consagró poco después con *La mujer en la luna (Mal de piedras)* (2006), novela que la haría acreedora del Premio Elsa Morante y finalista de los prestigiosos galardones Strega y Campiello. Posteriormente ha publicado, entre otros títulos, *Las alas de mi padre* (2008) y *La imperfección del amor* (2010). Traducida a veinte idiomas, su obra ha cautivado a más de un millón de lectores. *Alice* es su última novela.

# Notas

[1] *Reduce*, utilizado aquí en mayúscula como si fuera un nombre propio, es un sustantivo que designa a un veterano de guerra, a una persona que ha regresado de la guerra hace poco tiempo. <<

[2] *Su mali de is perdas* <<

[3] *De fai visita a fustetti* <<

[4] **\*\*[04]** *Pipiedda*. <<

[5] «*De Cagliari beninti innoi, filia mia, e tui bolisi andai ingúni!*» «*Non c'esti prus nudda in sa cittadi. Màcca esti. ¡Macca schetta! In sa cittadi a Jai sa baldracca bòliri andai, chi scetti kussu porifai, chi non scirifai nudda cummenti si spettada, chi teniri sa conca prena de bentu, de kandu fiada pitíca!*» <<

[6] *Lolla.* <<

[7] *Leggizedda.* <<

[8] *Sa martinicca* <<

[9] *Mischinedda*. <<

[10] *Sciollorio.* <<

[11] «*Ma bbai!*» <<

[12] *Mi tiaras tmdda!* <<

[13] La *Cassa per il Mezzogiorno* es una institución financiera pública que se constituyó al finalizar la Segunda Guerra Mundial con el objeto de identificar ámbitos cruciales de inversión y proyectos para financiar, tales como obras de infraestructura y planes de desarrollo agrícola e industrial. <<

[14] *Figlietto* <<

[15] *E pú non vi leggemmo avanti.* <<

[16] *Narami tul clii no é macea una chi podía biviri beni e faidi sa zeracái voita su fdlu depidi sonai su piano."* <<

[17] *Su tnacchióri de sa música e de su piano.* <<

[18] *Sardignoli*, uso peyorativo, dialecto milanés. <<

[19] *Terún*, uso peyorativo, dialecto milanés. <<

[20] *Ta gan'e caai*. Se usa en el sardo meridional para mandarse la parte. <<

[21] *Cummenti su nhiniri.* <<

[22] *De dognia colori.* <<

[23] *De su mali de is pérdas, saminor cosa, poita su prus malí fiara in sa conca.* <<

[24] *Inguni undi biviri s a macea.. <<*

[25] *Egua..* <<

[26] *Sciollori..* <<

[27] *Pizzinnos malos.* <<

[28] *Addolmeu.* <<